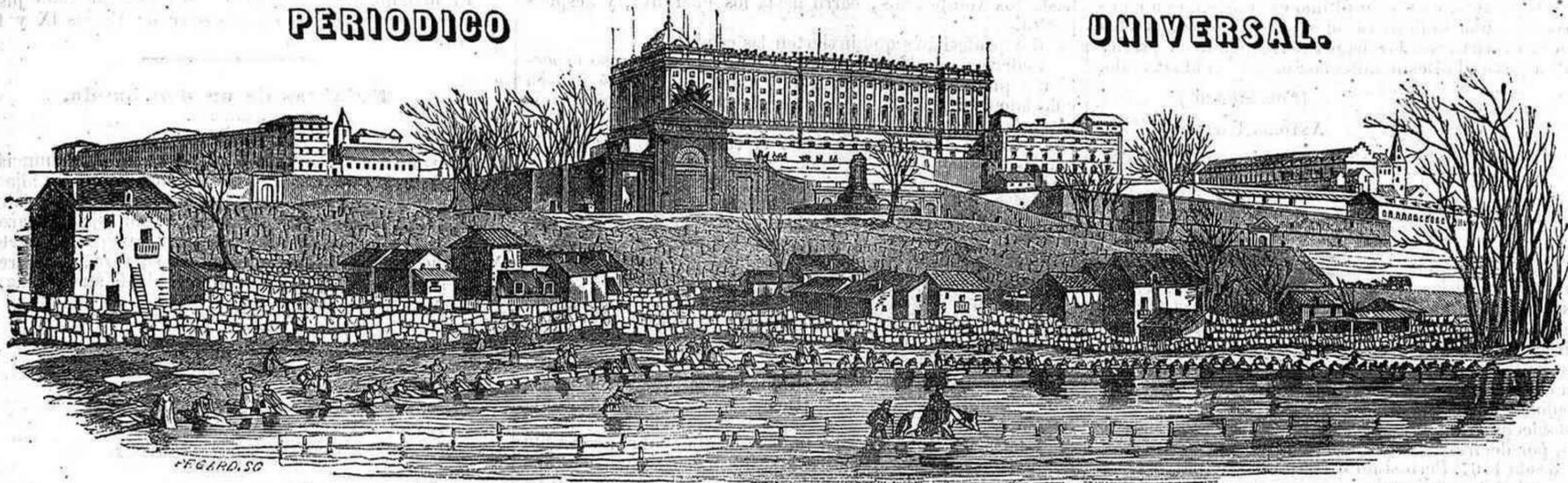


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 60.
Número suelto 4 rs.

NUM. 48.—SÁBADO 27 DE NOVIEMBRE DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

POESIA.—ELOCUCION.

ARTICULO TERCERO.

Entre el poeta y el orador hay diferencias muy marcadas. Este necesita reunir dos clases de valor. Uno, el valor del hombre que confiando en sus propias fuerza se posesiona de la tribuna, animado de sentimientos en cierto modo contrarios: de una modestia conveniente y á la vez del convencimiento de una cruda superioridad sobre cuantos le escuchan, sin herirles en su amor propio ni en su orgullo. ¿Qué podrá decir sino en esas circunstancias solemnes y de prueba, quién se intimide ó desconcierte por cualquiera señal de reprobación? Este valor, ó mas bien esta serenidad que en alto grado distinguió á lord North y al conde de Toreno, es una condicion sin la cual no puede darse un verdadero orador. Con ella aparecerá en medio de las acusaciones de sus adversarios, arrojando las situaciones mas difíciles y complicadas, y lanzando, cuando se requiera, rayos de elocuencia, como Mirabeau cuando pretendia defenderse contra las voces de *traicion* dirigidas á su persona, ó pronunciando palabras henchidas de prudente arrogancia y dignidad, como Manuel al ser espulsado de la cámara de diputados de Francia, en tiempo de la Restauracion. Este valor no es activo, no es temerario, no es de iniciativa; no es el del guerrero que espontáneamente se abalanza á coger un cañon por entre las filas enemigas; pero es el del soldado que defiende tenazmente su puesto sin abandonarle jamás, aunque vea delante de sí un fuego mortífero.

La vida del orador es una continua lucha, es un inmenso circo, en el que á manera del gladiador en la arena, se ve precisado á destruir á sus antagonistas y contendientes, ó á declararse vencido.

Otra clase de valor consiste en obedecer constantemente las inspiraciones de una conciencia recta é ilustrada; sostener en todo trance la causa de la verdad y de la razon; revestirse con el manto de la imparcialidad, no desviándose nunca de esta senda, á pesar de los halagos, de las seducciones de brillantes promesas, de fuertes temores, de penalidades é infortunios, y de todos los demás resortes con que puedan mover su corazon, y de todas las amenazas con que puedan asediarse. Resistir á las escitaciones de la ambicion y de la venganza, y recordar en cualquiera evento aquella máxima salvadora: *Fat justitia et ruat cælum.*

El orador debe resignarse desde sus primeros años á ser una víctima y un mártir. En efecto, debe consagrar su juventud al estudio y á la meditacion; después será el blanco de la envidia, de la maledicencia y de otras pasiones bajas y rastreras: y si bien se ostenta durante un breve periodo como un astro luminoso que irradia por donde quiera sus resplandores; esos instantes de satisfaccion y de júbilo, son seguidos de amargos desengaños, de tristes lecciones, de la persecucion y del destierro, de una muerte prematura y desconsolada. Tal es la fatal historia de los oradores eminentes desde la mas remota antigüedad. Unos sucumben á los tiros de la mas páfida ingratitude, como Ciceron; otros con el trabajo incesante y las fatigas del foro y del parlamento, como Craso y lord Chatham; otros en las revoluciones y en el patíbulo, como Barnave y Vergniaud. Por esto se comprende la funesta realidad de estas espresiones de Demóstenes: «Si desde el principio se me hubieran presentado dos caminos, el de la tribuna y el de una muerte cierta, y yo hubiera podido prever los males que me esperaban en la vida pública, los celos, las calumnias, los ataques; me hubiera arrojado bajando la cabeza y sin vacilar en el camino de la muerte.»

El orador debe contar con estas vicisitudes y contratiempos, prosiguiendo no obstante impávido su carrera. Una reflexion profunda y desgarradora le alienta: la sociedad, el género humano se conceptuan con derecho á ser ingratos con los grandes hombres, cuyos inventos, cuya ciencia, cuyas obras forman épocas célebres y esplendentes en los progresos y en la civilizacion de las edades. Sea ignorancia, sea error, sea mala fé, el hecho pudiera probarse con numerosos ejemplos. Ahí teneis á Cristóbal Colon, que acosado por tantas infamias, padecimientos y dolores, descubre un nuevo mundo, el cual ni siquiera lleva su nombre. Ahí teneis al manco de Lepanto, á quien para perpetuar su memoria se ha levantado una estatua en un rincon de Madrid, tres siglos después que vivió y murió en la miseria aquel genio incomparable. Las

estatuas son en algunos casos un sarcasmo, y una acusacion elocuente de la posteridad, contra las generaciones que desaparecieron de la faz de la tierra.

El orador es desgraciadamente uno de esos seres contra quien mas se ensaña la fortuna y que mas sirve de juguete á esa deidad inconstante y caprichosa que se burla de nuestros designios, que nos conduce sucesivamente de la amenidad de las campiñas á la aridez de los desiertos, de la magnificencia de los palacios á la pobreza de las cabañas, del ruido y alborozo de los festines al silencio y á la soledad de las tumbas. La fortuna se apodera de la existencia del orador, y la muerte á su antojo, valiéndose de una palanca formidable: el pueblo. El pueblo aplaude hoy al orador, grita entusiasmado y frenético, le lleva en triunfo en medio de vitores y aclamaciones, le erige soberbios monumentos para su loor y recuerdo; y mañana ese mismo pueblo le silba, le execra, le persigue, le estermina, mutila los monumentos y los cubre de cieno. En un momento dado levanta al ídolo, le inciensa, le adora, y en el momento siguiente le escarnece, le derriba, le despedaza.

El orador puede hallarse en otra situacion, tampoco envidiable ciertamente: puede haberse dedicado asiduamente á formar su talento oratorio; pero le falta una oportunidad de darse á conocer y adquirirse una reputacion universal, viéndose condenado al retraimiento forzoso y á la oscuridad. ¡Flor hermosa y lozana que engalanaria un vergel, y que germina y se marchita en un pais salvaje! En vano poseerá las cualidades mas deseadas, si no suena para él la hora de entrar en la palestra; se impacientará, maldecirá su adversa suerte, consumirá sus mejores años en pretensiones infructuosas y en aspiraciones impotentes, que enardecerán su fantasía en sus elucubraciones solitarias. Privado de cuanto apetece su entendimiento y rodeado de cuanto aborrece por instinto, su vivir es un suplicio insoportable, se encuentra cual un nuevo Prometeo atado á una roca esperando que otro Hércules rompa las cadenas que le aprisionan. Sin embargo á despecho de la indiferencia y del olvido de los amigos, y á despecho de toda clase de obstáculos y contrariedades, si se brinda la ocasion, el orador desplegará sus recursos y facultades, y revelará cuál es su elemento y su destino; porque hay una ley providencial, así en lo moral como en lo fisico, que cada uno ha de cumplir su mision indefectiblemente. Elevad á los aires un insecto imperceptible que se oculta entre la yerba que pi-

samos, al punto se precipitará sobre el suelo, volviendo á su primitivo, á su necesario, á su indeclinable estado: por el contrario, arrastrad por encima del fango al águila altanera; pronto se remontará con su rápido vuelo á las regiones inaccesibles del espacio, y mirará al sol frente á frente.

El orador debe estar dotado de una sensibilidad de un género especial. Sentir con viveza y energía; no comunicar á veces sus afectos con la misma intensidad; contenerse en medio de los arranques de la pasion, siendo dominado por ella; pero no completamente, y dominando á la par á sus oyentes; aparecer con un semblante sereno y superior, moderando las agitaciones é impulsos de su alma. Esta es sin duda una de las cualidades mas apreciadas, difíciles é importantes. Si el orador se espresa siempre de un modo tranquilo y frio, su palabra carece de esa fuerza que subyuga, de ese barniz que fascina, de esa magia que cautiva: si la pasion le hace perder enteramente la calma, puede ya renunciar á la influencia sobre el auditorio.

Hay hombres cuya fisonomía parece indicar indiferencia é insensibilidad, mas su imaginacion y su corazon son un abismo en que se albergan y remueven todas las pasiones; hombres en algo semejantes á esos volcanes que en su exterior solo muestran cenizas apagadas, si bien las lavas se encierran y rebullen en sus concavidades subterráneas.

Las personas ligeras y superficiales se echan á adivinar acerca de los grados de sensibilidad de los demás, sin otros datos que la conversacion familiar y los hechos comunes y diarios de la vida social, y sin comprender que el verdadero carácter se demuestra en las grandes situaciones. Aun cuando lo aparente, no es insensible quien se entenece y derrama lágrimas al leer, al oír el relato de una accion generosa, heróica, de un rasgo sublime y sorprendente, del movimiento de una afeccion noble y humanitaria. No es insensible quien recuerda con placer los primeros juegos de la infancia, los primeros amores, las horas pasadas al lado de una familia feliz, los dorados ensueños de aquella edad dichosa, primavera llena de verdor y perfume, que no se repite jamás en el azaroso camino que media entre la cuna y el sepulcro... No es insensible quien se complace y arroba en esa hora solemne y misteriosa en que el astro brillante desaparece en el ocaso, dejando tras de sí hermosos matices de púrpura y oro, ó cuando la luna, reinando en la inmensidad, esparce sobre el



Saumur.

mundo una luz melancólica y amarillenta, que escita al recogimiento y a la contemplación...

La sensibilidad del orador puede conciliarse con las intenciones mas puras y candorosas, ó puede existir con las mas crueles y sangrientas, y en este último caso ostenta en ciertas ocurrencias una delicadeza de sentimiento que admira y sobrecoge. El virtuoso Jovellanos corresponde al primer tipo; Danton y Camilo Desmoulins corresponden al segundo.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.

Escuela de caballería de Saumur.

La institución de las primeras escuelas de caballería en Francia se debe al duque de Choiseul. Una ordenanza de 20 de agosto de 1763 creó cuatro escuelas de equitación colocadas bajo la dirección de un oficial general, y se establecieron en las plazas de Metz, Donai, Besançon y Angers. Debía colocarse una escuela central en París para recibir por un tiempo determinado de instrucción los mejores discípulos de los cuatro establecimientos secundarios. Estos primeros ensayos quedaron, por decirlo así, sin ejecución; porque casi dejaron de existir desde 1767. Pero si no tuvieron desde luego todo el éxito que se habían prometido, consiguieron á lo menos la ventaja de fijar la atención de los oficiales de caballería, y de producir las mejoras que se notaron mas tarde en la instrucción de los cuerpos. En 1771 se volvió al sistema de instrucción y se creó la escuela de Saumur que recogió los restos de las establecidas siete años antes. Se autorizó á cada coronel de caballería para que enviara cuatro tenientes y otros cuatro subtenientes escogidos entre los que manifestaban mejores disposiciones para secundar el proyecto. Habiéndose aplicado á otro objeto los fondos que se destinaban á la escuela, hubo precisión de abandonar en 1790 este útil proyecto. Esta medida no entibió el celo de las personas que se interesaban en su sustitución. En 1796 se creó en Versalles una escuela de equitación bajo el título de *Escuela nacional de instrucción de caballería*, y por un decreto de 1799 se establecieron, bajo la misma denominación, otras dos escuelas en Lunéville y Angers. Se destinó al pago del personal de estos tres establecimientos un fondo anual de 148,537 francos.

La escuela de Versalles era la única que existía todavía en 1809, cuando un decreto imperial del mismo año la suprimió y creó con sus restos la *Escuela especial de caballería de San German*, que se conservó hasta la restauración; suprimida á su vez en 1814, el gobierno creó en Saumur para reemplazarla una nueva escuela de instrucción de tropas de caballería bajo las bases de la primera que se estableció. Colocada bajo la dirección de un general de reconocimiento, obtenía ya brillantes resultados cuando los acontecimientos políticos de 1821 ocasionaron su disolución.

Restablecida de nuevo en 1823 en el edificio conocido por *caballeriza de Artois*, se destinó como la de San German á recibir los alumnos de la escuela militar con destino á caballería. Los que regresaban allí necesitaban haber estado dos años en Saint Cyr y estar graduados de subtenientes.

Desde Versalles se trasladó á Saumur por decreto de 41 de noviembre de 1824. En el día se admiten, 1.º un teniente ó subteniente por cada regimiento de caballería, artillería ó escuadrón de equipajes militares; tienen obligación de estar dos años y se les denomina *tenientes de instrucción*; 2.º los discípulos de la escuela militar, destinados á caballería, y toman la denominación de alumnos oficiales de caballería; 3.º los voluntarios ó soldados de regimientos que forman un cuerpo de tropa, y después de dos años son destinados á los regimientos como sargentos instructores; y por último, hay una escuela de mariscales y trompetas.

HISTORIA DE SIETE SORTIJAS.

(Conclusion.)

Federico estudiaba el arte de curar las enfermedades del cuerpo, y al mismo tiempo el de pervertir su parte moral: era estudiante de medicina, y joven de mala cabeza. Asistía á clase dos ó tres veces en la semana, leía cada mes otras tantas hojas en los libros de texto, en tanto que tarareaba una canción báquica, y perdía el tiempo en el café suizo murmurando de todo el mundo. A pesar de esto, todos los años ganó curso, y era admitido en todas las reuniones mas notables. Busque el que quiera la causa de ambos fenómenos.

Uno de los pocos días que Federico asistía á cátedra, encontró en el patio del colegio á varios condiscípulos que le invitaron á entrar en el anfiteatro á oír la explicación práctica de una difícilísima operación quirúrgica. Federico accedió sin deseos ni repugnancia, como hombre despreocupado, y entró en el anfiteatro, en cuyas gradas se veían ya considerable número de alumnos, que esperaban con ansia la llegada del catedrático, de modo que mi amigo tuvo que sentarse en la parte baja de la gradería.

En medio de la vasta sala había una mesa de mármol blanco, y sobre ella un bulto informe, cubierto con una sábana de dudosa blancura, en la que se percibían algunas manchas sanguinolentas.

El catedrático no se hizo esperar: sentose, y después de un breve exordio, explicó detenidamente la operación que iba á practicar. Levantó en seguida las mangas de su frac, y tiró con desenfado de la sábana.

Un cadáver de muger, completamente desnudo, quedó espuesto á la vista de algunos centenares de hombres.

Nadie se mostró admirado de aquella profanación, necesaria tal vez, pero no por eso menos horrible, que arrancaba un cuerpo á la huesa, para hacerle blanco de impúdicas miradas, objeto de groseros chistes. No hay duda, el hábito embota la sensibilidad.

El catedrático tomó un instrumento, hizo una ancha he-

rida en el cuello del cadáver, y fué examinando uno por uno todos sus músculos...

Y los espectadores siempre frios, siempre insensibles! ¿Qué eres, corazón, si así te petrificas? Ah! Blanda cera hasta los veinte años, barro hasta los cuarenta, y después piedra.

Hay profesiones que invierten las edades. Federico miraba como uno de tantos el horroroso espectáculo que tenía delante, aunque, á decir verdad, se hallaba colocado de modo que no percibía distintamente lo que pasaba en la mesa, no obstante encontrarse cerca de ella. Pero por esta misma razón le llamó el catedrático para que le ayudase á concluir la disección.

El joven se aproximó á la mesa, y un grito terrible se escapó de su pecho: erizáronse sus cabellos, y sus ojos tomaron tal expresión de espanto, que hacían temblar. Federico, loco, fuera de sí, tomó entre sus manos la cabeza del cadáver, la contempló un instante, y cayó desplomado.

Aquel era el cuerpo de María! De María, la sencilla aldeana, á quien sedujo y abandonó después, para que recorriese toda la espantosa escala de la prostitución. ¡De María, que tuvo la debilidad de creer sinceras sus promesas, y de amarle con ese amor sin palabras, sin ostentación, desinteresado y sublime, que Dios inspira á las gentes sencillas y honradas! ¡De María, que le mostró la adhesión de una esclava y la ternura de una madre!

Federico, Federico! Tú ignorabas que pobre, sin asilo donde albergarse, por no atreverse á llamar á la puerta de sus padres, llevando el sello de la infamia en su frente, María tuvo que mendigar el sustento, hasta que se turbó su razón, y vaciló su virtud, y muriéndose de hambre y de despecho, fué á caer en los brazos de un viejo gastado, que pronto pagó sus favores con la ingratitude y el olvido. Y otra vez se vió sola y pobre, perdida y degradada, y al fin formó parte de una compañía de baile, en clase de figurante. Allí, al principio con rubor y después con indiferencia, espuso sus torneadas formas ante un público numeroso, y llamó la atención por su belleza. El teatro fué para María, como para otras muchachas, un trasunto de los bazares de Constantinopla, donde acuden los sultanes de la depravación... No quiero profundizar mas la historia de aquella desgraciada; ya he dicho que recorrió la inmensa escala de la prostitución para ir á morir, ajada y vieja á los veinticinco años, en el hospital.

Federico! Federico! entregaste un cuerpo al vicio y un alma á la desesperación!

Mi amigo murió á consecuencia de la terrible impresión que le causó la vista del cadáver de María. Si cometió grandes faltas en su vida, con ella pagó la mayor de todas. El mundo le hizo justicia, pues le concedió la envidiable celebridad de un D. Juan Tenorio, y algun día pintará su historia en las aleyuvas.

¿Quién se acordará de la pobre María? Nadie, á no ser el enfermero del hospital, que hizo una mercancía de su hermosa cabellera, y el ayudante, que vendió su cráneo para el estudio de un hábil anatómico.

CARLOS DE PRAVIA.

El horóscopo de Catalina de Médicis.

Cierta noche oscura, de las pocas nebulosas que reinan bajo el cielo italiano, se hallaban reunidos los miembros de la familia de Médicis en el salon principal del palacio Riccardi, espléndida morada de los duques de Florencia.

Sobre una mesa de mármol colocada en el centro del salon se veía una cuna de ébano que atraía todas las miradas por sus magníficos adornos, y de ella salían los débiles vagidos de una criatura recién nacida, hija única del duque Lorenzo y llamada *Catalina de Médicis*.

De pronto se abrieron las puertas del salon y entraron en él cuatro ancianos de aspecto grave y severo, dirigiéndose hácia el estrado en que se hallaba el gran duque.

Levantóse este, avanzó algunos pasos y encarándose con el mas anciano, le dijo con un acento que revelaba su profunda emoción:

—¿Qué tal, sabio Basilio? ¿Os habeis puesto de acuerdo? ¿Nos traeis buenas nuevas?

—El destino del hombre, contestó el viejo, no depende de los que lo consultan. Bien quisieramos, señor duque, traduciros un horóscopo favorable, pero...

—Hablad, pues tengo valor para oír cuando me digais.

—Pues bien, señor duque, retened mis palabras: esa niña, hoy tan inocente y pura, arrastrará una existencia llena de turbación y de intrigas; pero vuestra familia y la república de Florencia nada tendrán que temer. ¡Pero desgraciada la nación que abrigue á esa niña en su seno! He dicho, y lo que he dicho será verdad.

Un silencio sepulcral acogió estas palabras; Lorenzo se volvió hácia los otros viejos con el objeto de leer en sus fisonomías alguna señal de desaprobación, pero los tres se inclinaron, manifestando así su asentimiento á las palabras de Basilio.

La familia celebró un consejo secreto, pues á ninguno de sus miembros ocurrió poner en duda las palabras del sabio, y trataron de buscar un medio que evitase las desgracias que había anunciado el horóscopo. Después de largas deliberaciones fué sentenciada Catalina á un perpetuo celibato; pero la voluntad del cielo es mas fuerte que la de los hombres.

Veintin años después de lo que acabamos de referir, un ejército español enviado por el papa Clemente VII (un Médicis) sitiaba á Florencia. Insurreccionados los habitantes de esta ciudad contra los Médicis en 1527, espulsaron á los individuos de esta familia, á escepción de Catalina, que se hallaba en un convento. Florencia tuvo que someterse, y la hija de Lorenzo recobró su libertad al mismo tiempo que triunfaba la causa de los suyos.

Carlos V, cuyas tropas acababan de devolver la ciudad á los Médicis, quiso obtener en recompensa la mano de Catalina. El papa se la negó, prefiriendo entregarla á Francisco I, que la había pedido para su hijo. El emperador de Alemania se irritó y escribió al papa quejándose amargamente por tan

injusta preferencia; pero Clemente, que sabia la predicción de Basilio, se contentó con responder á la carta del emperador que «había regalado á la Francia una serie de turbulencias incalculables.»

El matrimonio celebrado en Marsella en 1533 justificó el horóscopo de Basilio en la madre de Carlos IX y Enrique III.

Palabras de un moribundo.

Próximo á morir Jacobo V, rey de Escocia, anunciaronle los cortesanos que le rodeaban el nacimiento de su hija María Estuardo. Al oírlo movió tristemente la cabeza y exclamó:

—La dinastía que empieza por hija, por hija desaparece. Esta predicción se cumplió, pues aunque es cierto que María no fué la última soberana de su raza, de su reinado datan las causas que produjeron la caída de su dinastía.

LOLA MONTES

EN CINCO ACTOS,

CON APOLOGO Y APOTEOSIS.

Los periódicos americanos hablaron hace tiempo de que habiendo bailado ya suficientemente la célebre Lola Montes en los Estados Unidos, había hecho su primera salida en el teatro con un drama compuesto por ella misma y del cual era también ella misma la protagonista principal.

Hé aquí el argumento de esta producción, tal como nosotros lo comunicamos nuestro corresponsal de Nueva York.

ACTO PRIMERO.

Nacimiento de Lola Montes. No sale de la espuma del mar como Venus, sino de la de una botella de Champaña de dos francos y cincuenta céntimos. Su venida al mundo se celebra con un aire de polka ejecutado por una dulzaina, presagio infalible de sus altos destinos coreográficos. A la edad de seis meses, la pide para esposa de su hijo el gran Khan de los tártaros. Negativa de Lola Montes. Exasperado el gran Khan, reúne un ejército formidable para conquistar á la bailarina. Cuadro completo de batalla.

ACTO SEGUNDO.

Habiéndose refugiado Lola Montes á Inglaterra en compañía de su familia, hace conocimiento con el nunca bien ponderado doctor Pangloss, quien se convierte en preceptor suyo y le enseña á disertar sobre las causas y los efectos. Estrecha su amistad con la señorita Cunegunda. El joven Cándido se enamora de ella y la roba. Desafío á sable, por este motivo, entre Cunegunda y Lola Montes. Sale esta última victoriosa y se marcha con el joven Cándido al Paraguay. Primeros altercados de Lola con aquellos naturales. Sostiene tesis generales sobre moral y triunfa de sus antagonistas, pero tiene que huir de su furor y va á parar con Cándido á Eldorado.

Encuentro inesperado con el doctor Pangloss, quien la ofrece su mano y le enseña los primeros elementos del arte coreográfico. Después de un paso á dos, cae el telón.

ACTO TERCERO.

Han transcurrido muchos años. Encontramos á Lola Montes en Baviera, batiéndose á brazo partido con un capitán de dragones. En vista de su valor, llega á obtener el empleo de coronela general de las milicias del reino. Persiguenla tenazmente sus enemigos y meten en la cárcel al doctor Pangloss. Lola emprende contra ellos una lucha á latigazos, estalla una insurrección formidable y huye hácia la frontera á la cabeza de una división de matachines coreógrafos. Baile general en Baviera para celebrar este acontecimiento.

ACTO CUARTO.

Estreno de Lola Montes en la Academia Real de música de París. Es silbada por sus enemigos que han invadido el teatro disfrazados. El doctor Pangloss, fugado de la cárcel de Baviera, procura, aunque en vano, hacer frente á la tempestad. Primera aparición del terrible Mr. Roux, que juzgando favorable el momento de especular con la receta de una bailarina que debuta con tanto estrépito, jura no separarse de ella.

ACTO QUINTO.

Desembarco de Lola Montes en los Estados Unidos y segunda aparición de Mr. Roux, que sale de un tonel, donde estaba escondido durante la travesía. Los americanos desenganchan los caballos del carruaje de Lola y ocupan su lugar. Declárase el Lola-morbo. Empresas feroces de Mr. Roux. Viendo la bailarina que los americanos no acuden en tropel á sus representaciones, dirige dos proclamas á los Estados de la Union.

EPILOGO Y APOTEOSIS.

Se ve á Lola Montes elevarse por el aire en una carroza adornada con guirnaldas de rosas y en medio de un gran foco de llamas de Bengala. El doctor Pangloss aparece sentado en su compañía. Mr. Roux se precipita de un monte elevadísimo y no se detiene hasta los infiernos. Se abre en los Estados Unidos una suscripción nacional para levantar un monumento público á la incomparable Lola Montes.

FILOLOGIA.

ENSAYO SOBRE LAS PREPOSICIONES.

(Continuacion.)

PREPOSICIONES.

EN.

Abrazarse en deseos.
 Abundar en riquezas.
 Acaecer (algo) en tal tiempo.
 Acalorarse en la disputa.
 Actuarse en los negocios.
 Aferrarse en su opinion.
 Afirmarse en su dicho.
 Ahorcarse en las espaldas.
 Audaz en pleitos.
 Aovar en el nido.
 Aparar en la mano.
 Aparecerse en el camino.
 Apresurarse en los negocios.
 Aprobarse en alguna facultad.
 Aprovechar en la virtud.
 Aquietarse en la disputa.
 Arder en amores.
 Arderse en quimeras.
 Arrinconarse en su casa.
 Asistir en tal casa.
 Atarse en inconvenientes.
 Atollar en los pantanos.
 Atribularse en los trabajos.
 Atropellarse en las acciones.
 Atufarse en la conversacion.
 Avelandarse en algun pueblo.
 Balancear en duda.
 Bambolear en la maroma.
 Bañarse en agua.
 Barar en tierra.
 Bastardear en sus acciones.
 Bullir en todas partes.
 Caber en error.
 Caer en tierra.
 Caer en error.
 Caer en lo que se dice.
 Caer en cuenta.
 Caer en tal tiempo.
 Cavar (la imaginacion) en alguno.
 Ceder (alguna cosa) en beneficio de alguno.
 Chapuzar (algo) en el agua.
 Columpiarse en el aire.
 Comedirse en las palabras.
 Comprometerse en jueces arbitros.
 Concebir (algo) en el animo.
 Concurrir en la funcion.
 Concurrir (muchos) en un dictamen.
 Condenar en las costas.
 Confiar en algo.
 Confirmarse en su dictamen.
 Consentir en algo.
 Consistir en alguna cosa.
 Consumado en tal facultad.
 Contenerse en su obligacion.
 Convenir en alguna cosa.
 Convertir (la hacienda) en dinero.
 Creer en virtudes.
 Creer en Dios.
 Cucharetear en todo.
 Curtido en trabajos.
 Dar en comer tierra.
 Declinar en baja.
 Deleitarse en oír.
 Depositar (algo) en alguna parte.
 Descabezarse en alguna cosa.
 Descalabazarse en alguna cosa.
 Desembarcar en el puerto.
 Desenfrenarse en vicios.
 Detenerse en dificultades.
 Dejar (algo) en manos de otro.
 Distraerse en la conversacion.
 Divertirse en jugar.
 Echar (algo) en tierra.
 Embarcarse en pretensiones.
 Embobarse en alguna cosa.
 Emboscarse en el monte.
 Enmendarse en alguna cosa.
 Empaparse en agua.
 Empeñarse en alguna cosa.
 Encallar (la nave) en arena.
 Encasquetarse en su opinion.
 Encastillarse en alguna parte.
 Encajarse en alguna parte.
 Encenagarse en vicios.
 Encenderse en ira.
 Encerrarse en su dictamen.

Encharcarse en agua.
 Enfrascarse en los negocios.
 Engolfarse en cosas graves.
 Enredarse (una cosa) en otra.
 Ensayarse en alguna cosa.
 Entender en sus negocios.
 Entrar en alguna parte.
 Entremeterse en cosas de otro.
 Equivocarse en las palabras.
 Escarmentar en cabeza agena.
 Escondarse en alguna parte.
 Esculpir en bronce.
 Esmerarse en alguna cosa.
 Estampar en papel.
 Estar en alguna parte.
 Estar en tal animo.
 Estripar en alguna cosa.
 Esceder (una cantidad de otra) en mil reales.
 Fatigarse en alguna cosa.
 Fijar (algo) en la pared.
 Fluctuar en las dudas.
 Fortificarse en alguna parte.
 Fundarse en razon.
 Guarecerse en alguna parte.
 Habitar en tal parte.
 Habituarse en alguna cosa.
 Hablar en alguna cosa.
 Hablar en griego.
 Hallar (alguna cosa) en tal parte.
 Hallarse en la fiesta.
 Herir (á algo) en la estimacion.
 Hervir (un pueblo) en gente.
 Hocer en alguna cosa.
 Hundir (alguna cosa) en el agua.
 Imbuir (á algo) en alguna cosa.
 Implicarse en alguna cosa.
 Imponer en algun hecho.
 Impresionar (á algo) en alguna cosa.
 Imprimir (alguna cosa) en el animo.
 Incansable en el trabajo.
 Incesante en sus tareas.
 Incidir en culpa.
 Incluir en el número.
 Incorporar (una cosa) en otra.
 Incurrir en delitos.
 Influir en alguna cosa.
 Infundir (ánimo) en alguno.
 Inhibir (al juez) en el conocimiento.
 Insertar (una cosa) en otra.
 Insistir en alguna cosa.
 Instruir (á alguno) en alguna cosa.
 Interesarse en alguna cosa.
 Internarse en alguna cosa.
 Intervenir en las cosas.
 Introducirse en alguna parte.
 Invernarse en tal parte.
 Invertir (el caudal) en otro uso.
 Injerir (un árbol) en otro.
 Levantar (alguna cosa) en alto.
 Medirse en las palabras.
 Medrar en la fortuna.
 Mejorar á alguno en la herencia.
 Numerarse en las acciones.
 Meter (dinero) en el cofre.
 Meter (á alguno) en empuño.
 Meterse en los peligros.
 Mezclarse en negocios.
 Mirarse en alguna cosa.
 Moderarse en las palabras.
 Mojar (alguna cosa) en agua.
 Montar en mula.
 Montar en cólera.
 Morar en poblado.
 Nadar en el río.
 Obstinarse en alguna cosa.
 Ocuparse en trabajar.
 Pagar en dinero.
 Parar en casa.
 Perecer en alguna parte.
 Particularizarse en alguna cosa.
 Partir en dos partes.
 Pecar en alguna cosa.

Pedir en justicia.
 Peligrar en alguna cosa.
 Penar en la otra vida.
 Pensar en alguna cosa.
 Perderse en el camino.
 Permanecer en alguna parte.
 Perseverar en algun intento.
 Pesado en la conversacion.
 Picar en alguna cosa.
 Plantar (á alguno) en alguna parte.
 Plantarse en Cádiz.
 Poblarse en buen paraje.
 Poner (alguna cosa) en alguna parte.
 Posar en alguna parte.
 Postrarse en cama.
 Prender (las plantas) en tierra.
 Presidir en algun tribunal.
 Pringarse en alguna cosa.
 Proceder en la causa.
 Profesar en religion.
 Prepararse en alguna cosa.
 Proponer (á alguno) en primer lugar.
 Prorumpir en lágrimas.
 Proveer (empleo) en alguno.
 Quedar en casa.
 Quedarse en el sermón.
 Radicarse en la virtud.
 Rayar en la virtud.
 Rebalsarse (el agua) en alguna parte.
 Re caer en la enfermedad.
 Recalcarse en lo dicho.
 Recibir (á alguno) en casa.
 Reclinarse en alguna cosa.
 Re concentrarse (alguna pasion) en el alma.
 Recostarse en la silla.
 Redundar en beneficio.
 Reemplazar (á alguno) en su empleo.
 Refugiarse en sagrado.
 Regodearse en alguna cosa.
 Remirarse en alguna cosa.
 Residir en poblado.
 Revolcarse en los vicios.
 Rozarse en la conversacion.
 Saltar en tierra.
 Sentarse en alguna parte.
 Servir en palacio.

Singularizarse en alguna cosa.
 Situarse en alguna parte.
 Sobrellevar en sus trabajos.
 Sobrepujar (á alguno) en autoridad.
 Sobresalir en lucimiento.
 Sonar (alguna cosa) en tal parte.
 Subdividir en partes.
 Subrogar (una cosa) en lugar de otra.
 Susistir en el dictamen.
 Sustituir (á alguno) en el empleo.
 Suceder (á alguno) en el empleo.
 Sumergir (alguna cosa) en alguna parte.
 Sumirse en alguna parte.
 Surgir (la nave) en el puerto.
 Templarse en comer.
 Tenerse en pié.
 Titubear en alguna cosa.
 Tomar (alguna cosa) en las manos.
 Trabajar en alguna cosa.
 Trabar en alguna cosa.
 Trabucarse en las palabras.
 Trasferir (alguna cosa) en alguna persona.
 Trasfigurarse en otra cosa.
 Transformar (alguna cosa) en otra.
 Trasplantar (de una parte) en otra.
 Tratar en comercios.
 Recalcarse en alguna parte.
 Tropezar en alguna cosa.
 Unirse en comunidad.
 Utilizarse en alguna cosa.
 Vacilar en la resolucion.
 Valuar (alguna cosa) en tal precio.
 Venir en lo que otro propone.
 Verse en altura.
 Violentarse en alguna cosa.
 Vivir en Madrid.
 Votar en el pleito.
 Zabullirse en el agua.
 Zambucarse en alguna parte.
 Zampuzarse en agua.
 Zozobrar en la tormenta.

ADJETIVOS.

Boyante en la fortuna.
 Consumado en tal facultad.
 Curtido en trabajos.
 Esperto en las leyes.
 Hábil en papeles.
 Incansable en el trabajo.
 Incesante en sus tareas.
 Inconsecuente en alguna cosa.
 Inconstante en su proceder.
 Indeciso en resolver.
 Infatigable en la guerra.
 Inferior en alguna cosa.
 Nimio en su proceder.
 Parco en la comida.
 Pesado en la conversacion.
 Suspenso en el aire.

ENTRE.

Partir entre los amigos.
 Pasar entre montes.
 Repartir (alguna cosa) entre muchos.
 Sobresalir entre todos.

ADJETIVOS.

Último entre todos.
 Uno entre muchos.

CONTRA.

Combatir contra el enemigo.
 Conjugarse contra alguno.
 Estrellarse contra alguna cosa.
 Indignarse contra alguno.
 Ir contra alguno.
 Lanzar (alguna cosa) contra alguno.
 Maquinar contra alguno.
 Pegar contra la pared.
 Proceder contra alguno.
 Proejar contra las olas.
 Revolver contra el enemigo.

HASTA.

Durar hasta el invierno.
 Penetrar hasta las entrañas.

TRAS.

Ir tras alguno.

SOBRE.

Caer sobre los enemigos.
 Contender sobre tal cosa.
 Deliberar sobre tal cosa.
 Descollarse sobre otros.
 Disputar sobre alguna cosa.
 Hablar sobre alguna cosa.
 Opinar (en) sobre alguna cosa.
 Prevaler (la verdad) en sobre la mentira.
 Reclinarse (en) sobre alguna cosa.
 Revolver (en) sobre el enemigo.
 Subir (en) sobre la mesa.
 Velar (en) sobre alguna cosa.
 Vigilar (en) sobre los súbditos.

CON.

Avocarse con los suyos.
 Abordar (una nave) con otra.
 Abrirse con sus confidentes.
 Acertar con la casa.
 Acompañarse con otros.

Aconsejarse con doctos.
 Acordarse con los contrarios.
 Airarse con alguno.
 Ajustarse con alguno.
 Alimentarse con poco.
 Alindar con otra heredad.
 Amancebarse con los libros.
 Amoroso con los suyos.
 Andar con el tiempo.
 Apechugar con alguna cosa.
 Apedrear con las palabras.
 Arrebozarse con algo.
 Arroparse con la ropa.
 Asesorarse con letrados.
 Asociarse con otro.
 Atestiguar con otro.
 Atinar con la casa.
 Atinar con lo que se ha de decir.
 Atragantarse con los huesos.
 Atreverse con los valientes.
 Aunarse con otro.
 Avenirse con otro.
 Averiguarse con alguno.
 Barbear con la pared.
 Batallar con los enemigos.
 Bordar (algo) con plata.
 Bregar con otro.
 Brindar con regalos.
 Cambiar (alguna cosa) con otra.
 Cansarse con el trabajo.
 Casar (una persona) con otra.
 Cautivar (alguno) con beneficios.
 Chancarse con alguno.
 Chocar (una persona) con otra.
 Coligarse con alguno.
 Combatir con el enemigo.
 Combinar (unas cosas) con otras.
 Conmutar (algo) con otra cosa.
 Competir con alguno.
 Componerse con los deudores.
 Comprobar (algo) con instrumentos.
 Comunicar (uno) con otro.
 Concertar (una cosa) con otra.
 Concordar (la copia) con el original.
 Concurrir con otros.
 Condescender con la instancia.
 Confabularse con los contrarios.
 Confederarse con alguno.
 Conferir (una cosa) con otra.
 Conferir (algun negocio) con los amigos.
 Confinar (España) con Francia.
 Conformarse con el tiempo.
 Confrontar (una cosa) con otra.
 Congeniar con alguno.
 Congraciarse con otro.
 Congratularse con los suyos.
 Consolarse con sus parientes.
 Consultar (alguna cosa) con letrados.
 Contaminarse con los viciosos.
 Contemporizar con alguno.
 Contender con alguno.
 Contrapesar (una cosa) con otra.
 Contribuir con tal cosa.
 Convenir con otro.
 Conversar con alguno.
 Convidar (á alguno) con dinero.
 Corresponderse con los amigos.
 Cumplir con alguno.
 Cumplir con su obligacion.
 Decir (bien una cosa) con otra.
 Deleitarse con la vista.
 Desabrocharse con alguno.
 Desahogarse con alguno.
 Descomponerse con alguno.
 Desposarse con alguno.
 Desabrirse con alguno.
 Desvergonzarse con alguno.
 Disgustarse con alguno.
 Embobarse con alguna cosa.
 Emparejar con alguno.
 Emparentar con gente ilustre.
 Encararse con alguno.
 Enconarse con alguno.
 Engreirse con la fortuna.
 Enlazar (alguna cosa) con otra.
 Enredarse (una cosa) con otra.
 Equivocarse (una cosa) con otra.
 Estrecharse con alguna cosa.
 Estrecharse con alguno.
 Frisar (una persona) con otra.
 Guarnecer (una cosa) con otra.
 Habitar con alguno.
 Hablar con alguno.
 Hermanar (una cosa) con otra.
 Holgarse con alguna cosa.
 Importunar con pretensiones.
 Incorporar (una cosa) con otra.
 Indignarse con alguno.
 Indisponer (á alguno) con otro.
 Insinuar con los poderosos.
 Interceder con alguno por otro.
 Interesarse con alguno por otro.
 Internarse con alguno.
 Interpolarse (unas cosas) con otras.
 Interponerse con alguno.
 Introducirse con los que mandan.
 Jugar (unos) con otros.
 Jugar (alguna cosa) con otra.
 Juntar (una cosa) con otra.
 Lidar con alguno.
 Ligar (una cosa) con otra.
 Luchar con alguno.
 Ludir (una cosa) con otra.
 Malquistarse con alguno.
 Mancomunarse con otros.
 Matizar con colores.
 Merecer con alguno.
 Meterse con los que mandan.
 Mezclar (una cosa) con otra.
 Molestar (á alguno) con visitas.
 Motivar (la providencia) con razones.
 Nacer con fortuna.
 Oprimir (á alguno) con el poder.
 Pactar (alguna cosa) con otro.
 Pagar con palabras.
 Paladearse con alguna cosa.
 Paliar (alguna cosa) con otra.
 Pararse con alguno.
 Particularizarse con alguno.
 Partir (algo) con otro.
 Pasearse con otro.
 Pedir con justicia.
 Pegar (una cosa) con otra.
 Pelotearse con alguno.
 Perfumar con incienso.
 Permutar (una cosa) con otra.
 Pescar con red.
 Picar con fuerza.
 Porfiar con alguno.
 Portarse con decencia.
 Privar con alguno.
 Proceder con acuerdo.
 Provocar (á alguno) con malas palabras.
 Razonar con alguno.
 Recabar (alguna cosa) con alguno.
 Recompensar (agravios) con beneficios.
 Reconciliar (á uno) con otro.
 Reconvenir (á alguno) con alguna cosa.
 Reducir (á alguno) con el sueldo.
 Refocilarse con alguna cosa.
 Romper con alguno.
 Rozarse (una cosa) con otra.
 Salir con la pretension.
 Sobre llevar (los trabajos) con paciencia.
 Sorprender (á alguno) con alguna cosa.
 Sufrir (los trabajos) con paciencia.
 Tomar (alguna cosa) con las manos.
 Trabar (una cosa) con otra.
 Tratar con alguno.
 Travesear con alguno.

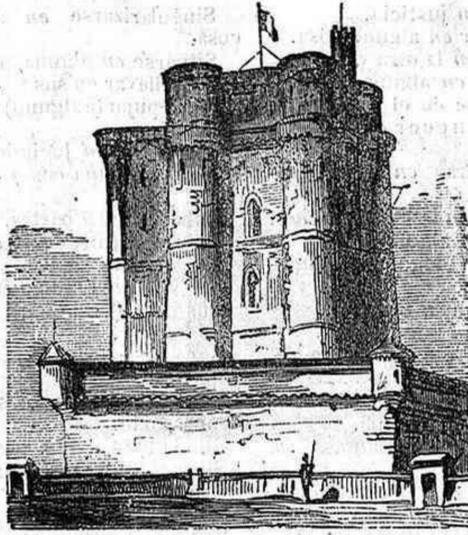
(Continuará.)

FRANCISCO DE PAULA SEIJAS.

CASTILLO Y TORREON DE VINCENNES.

Después de atravesar el barrio de San Antonio en toda su longitud, apenas pasáis las dos vastas columnas de la barreira del Trono, llamada así porque en otro tiempo los embajadores extranjeros entraban por allí para presentarse en la audiencia real, cuando entráis en una magnífica calle de árboles cuya plantacion se debe á aquel rey que no sabia hacer nada que no fuese grande. Atreveis tambien el bosque, y al acercaros á la villa, el castillo que divisáis desde lejos es el castillo de Vincennes... ¿Por qué á la vista de esa sombría fortaleza, de ese torreón rodeado de fosos, de esos puentes levadizos, de esas murallas erizadas de cañones, se apodera de vuestro corazon una tristeza profunda?... Porque al silbido que hace sentir el viento á través de las troneras mal cerradas, todavía se os figura que escucháis los gemidos de dolor y los gritos de desesperacion de los grandes infortunios, que en el espacio de cuatro siglos fueron sucesivamente á luchar allí en el tormento, ó á pagar con su vida sus aspiraciones á la libertad. ¡Oh! ¡Qué no nos sea dado conocer todo lo que estas murallas han ocultado! cuántas cosas de nuestra antigua historia tendríamos que contaros; porque, antiguas costumbres, dramas sangrientos, intrigas secretas, ardientes amores, orgías desenfadadas, todo esto ha pasado, todo esto se ha agitado dentro de esas murallas, hoy mudas y heladas.

Interroguemos á los ecos mas ó menos misteriosos de la

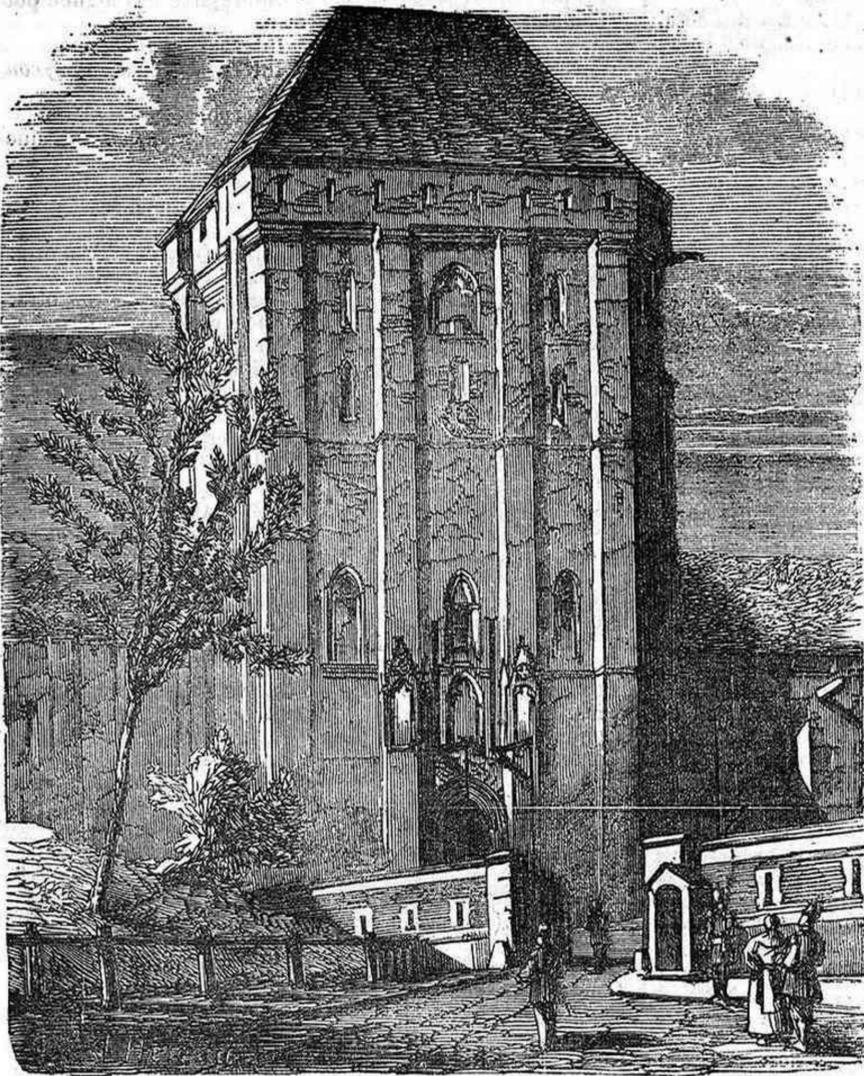


Torreón de Vincennes.

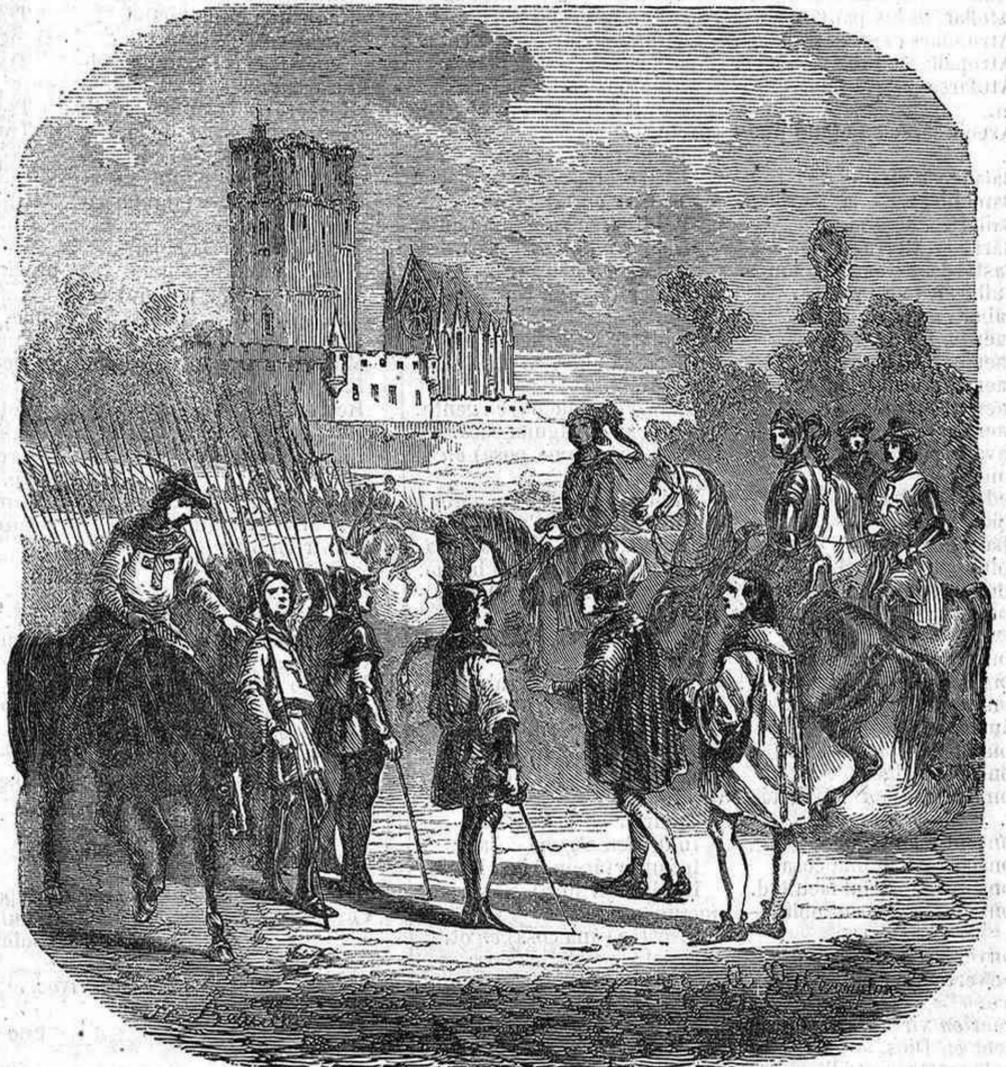
que la palabra latina *vicinus, vicina*, vecino, desfigurada. ¿Todavía os resistís? Por complaceros Bullet se remontará

na, y en plural *Vilcenæ, Vilcennarum*, y que por tanto este nombre viene de alguna palabra de los antiguos francos ó germanos, tal como *wils*, que en la ley de los bávaros significaba un caballo mediano, lo cual naturalmente hace suponer que allí habria habido un pequeño puerto de donde este bosque habrá derivado su nombre. ¡Ay! ya hemos concluido con los etimologistas, pero ¿hemos adelantado algo? Razon tenia por cierto el que decia que en esto de etimología las palabras son como las campanas, á las cuales se les hace decir lo que se quiere.

A pesar de la oscuridad que rodea su origen, Vincennes no deja de ser una localidad verdaderamente histórica, y cuyo nombre se halla unido á los principales acontecimientos de nuestros anales. Ignórase en que año y en que reinado se construyó el primer castillo. Lo que únicamente se sabe es que en 1164 Luis VII fundó allí un monasterio para los religiosos de Grandmont, reemplazados después por los mínimos. A Felipe Augusto es, por decirlo así, á quien Vincennes debe verdaderamente su origen histórico. El fué quien mandó rodear el bosque de gruesas murallas, y quien construyó á su estremidad una especie de quinta para entregarse mas cómodamente al placer de cazar ciervos y gamos y corzos, habiendo sabido lo cual Enrique II, rey de Inglaterra, le envió por el Sena, de sus ducados de Normandía y de Aquitania, una porcion de fieras, que no mantuvo sin embargo mucho tiempo la amistad entre los dos monarcas. Hé ahí pues una de las primeras construcciones levantadas en el bosque de Vincennes: ¡las fieras precedían á los gobernadores, á los carceleros y á los verdugos! A la verdad al mandar amurallar su parque



Castillo de Vincennes.



Luis XI pasando revista.

historia, y levantemos una punta de ese velo que cubre la mayor parte de los terribles acontecimientos de que ese antiguo monumento, á la vez cuna y tumba de una multitud de príncipes y de reyes, ha sido siempre teatro. ¿No son esos los recuerdos históricos que dan vida á las piedras?

Un historiador que ha trazado un cuadro bastante curioso de las casas reales, castillos y parques de los reyes de Francia, Poncet de la Grave, nos dice que el bosque de Vincennes era conocido antes del nacimiento de Jesucristo, y que desde aquel tiempo servia de paseo para la clase media de París. Los romanos habian levantado allí un pequeño templo en honor del dios Silvano, y éste templo era servido por sacerdotes que habian formado en aquel sitio un colegio ó comunidad. Pero al llegar el Cristianismo á las Galias, templo, sacerdotes, colegio, todo desapareció; y Vincennes, como la mayor parte de las residencias reales, no fué mas que un lugar de caza muy frecuentado por nuestros reyes, aun los de la primera raza: *Varenam liberam atque securam regali more*, dice la crónica.

Pero Vincennes, ¿de dónde se derivará este nombre? ¿Qué gasto de imaginacion no ha causado esto! Escuchad al uno: él os dirá que antiguamente se escribía *Vicena* ó *Vicenna*, y que *Vicena* es una alteracion de *vita sana*, vida sana, lo cual alude á la pureza del aire que se respira en este sitio. Si esta etimología no os agrada, consultad á aquel otro, y él os enseñará que se llama así porque el bosque contenia dos mil fanegas, es decir veinte veces cien fanegas, ¿dos mil no hacen precisamente *vingt cents* (veinte cientos)? Pues de *vingt cents* á Vincennes no hay nada por decirlo así. ¿Acaso no quedais satisfecho aun? Considerad entonces la poca distancia que separa á Vincennes de París, y no os será difícil admitir, como se pretende, que Vincennes no es otra cosa

hasta la dición céltica *uydd*, ó *vis*, bosque, *san* ó *sen*, estanque, lo que quiere decir «bosque donde hay un estanque». ¿Poneis mala cara? esperad; aquí viene un sabio que, armado de antiguas constituciones, va á probaros que durante mas de cuatrocientos años se ha dicho y escrito *Vilcena, Vilcenn*

el rey cazador del siglo XII, lo que menos pensaba era que los ingleses viniesen algun día á cazar en él por derecho de conquista, ó mejor dicho de traicion. Allí, en Vincennes, fué en donde Felipe Augusto hizo su testamento al partir para la Tierra-Santa.

S. Luis visitó con frecuencia esta morada, y aun hacia justicia á sus súbditos en el bosque, al pié de un roble. «Allí venia muchas veces el rey, dice Joinville, después de haber oido misa en el verano: iba á distraerse al bosque, y mandaba tender una alfombra para sentarse con su servidumbre, y todos los que querian hablar con él lo hacian sin que ningun ugiere se lo impidiese.» De vuelta de Sens en 1234, Luis IX depositó en Vincennes la corona de espinas de Jesucristo que habia comprado fiado en la palabra de un veneciano. Desde este castillo, el santo rey, acompañado de sus hermanos Alfonso y Roberto, y descalzo, llevó solemnemente la preciosa reliquia hasta Nuestra Señora de París. Como Felipe Augusto, S. Luis partió de Vincennes en 1270, después de haberse despedido de su muger Margarita de Provençe, para ir á atacar á Tunez, en donde debia de ver morir á Juan Tristan, su hijo, y donde él mismo debia de espirar pocos dias después en un lecho de cenizas.

Algunas semanas después aconteció en Vincennes un hecho que prueba cuán celosos eran los antiguos obispos de París de sus derechos y prerogativas. La reina y la condesa de Nevers habitan este castillo cuando supieron la muerte de S. Luis y de su hijo, que era conde de Nevers. Estéban Templier, obispo de París, fué allí á dar el pésame á la reina y á la condesa de Nevers. Esta condesa, al ver al obispo, se acordó de que le debia homenaje por la hacienda de Monfay, y le suplicó que le recibiera en el castillo de Vincennes, evitándole de este modo el trabajo de ir á París, en un instante



El mariscal Bassompierre.

en que desfallecida por el dolor le era imposible emprender aquel viaje. El prelado se negó á ello, diciendo que sus predecesores habian recibido siempre aquel homenaje en el palacio episcopal. La condesa insistió todavía en sus ruegos, pero inútilmente. Viendo la reina tal obstinacion, unió sus ruegos á los de la princesa. El obispo entonces no se atrevió á negarse, pero no consintió en recibir el homenaje en el castillo, sino con la condicion de que se habian de referir en una acta particular las dificultades que las princesas habian experimentado para obtener esta gracia, y su firme resistencia en concedérsela. Por lo cual en 1270 las princesas le dieron un testimonio de su testarudez feudal.

En 1274 el hijo de S. Luis, Felipe el Atrevido, aumentó con diversas adquisiciones la estension del parque de Vincennes; hizo un nuevo cercado inmediato á Saint-Mandé; compró varios manantiales para conducirlos á los viveros del castillo, y desposó allí en segundas nupcias á María, hija de Enrique III, duque de Brabante.

Para ser justos con los alcaldes de todos tiempos, debemos decir que en 1276 un antiguo servidor de S. Luis, Pedro de la Brosse, fué encerrado en Vincennes, y aun se cree que ahorcado. Hé aquí con qué motivo. Apenas hacia dos años que María de Brabante se habia casado con Felipe el Atrevido, cuando fué acusada de la muerte por envenenamiento del primogénito de Felipe y su primera muger Isabel de Aragon. Pedro de la Brosse, gentil-hombre y favorito del rey, fué el autor de esta acusacion. Felipe amaba apasionadamente á María: quiso, antes de creer en el crimen, tener una prueba convincente de él, y mandó consultar á una beata de Nivelles,



Vista del poligono.

Desde 1305 á 1328 el castillo de Vincennes vió sucesivamente morir á Juana de Francia, muger de Felipe el Hermoso, Luis X y Juan I su hijo, que solo vivió cinco dias, Felipe V y Carlos el Hermoso. Dos meses después de la muerte de este, Juana de Evreux, su tercera muger, allí tenia sucesion entre lágrimas.

En 1337 la modesta morada de Felipe Augusto se hallaba en tan mal estado, que Felipe de Valois se vió obligado á demolerla. En su sitio puso la primera piedra del castillo conocido en el dia con el nombre de Donjon (torreon). Ya estaban elevadas sobre el suelo algunas hiladas de piedras del edificio, cuando murió este principe. Juan II, apellidado el Bueno, su hijo, continuó la construccion de las torres y pasó en Vincennes los tres años que estuvo en Francia á su vuelta de Inglaterra. Su rescate habia costado á la Francia sus mas bellas provincias; pero Juan, poco sensible á tanto sacrificio, volvió á embarcarse para Lóndres, adonde le llamaba su loco amor por la condesa de Salisbury, querida de Eduardo III. En tiempo de las guerras que tuvieron lugar en Francia en el reinado de Juan, Vincennes, Saint-Maur, Nogent, etc., hubieron de padecer mucho con las devastaciones y el saqueo á que se entregaban las tropas de todos los partidos.

Si Vincennes debe á Felipe Augusto sus primeros cimientos, á Carlos V le debe la mayor parte de sus adornos. Carlos V habia nacido en Vincennes, y se habia aficionado tanto á este sitio, que lo hacia su residencia ordinaria. Concluyó las obras principadas por el rey Juan su padre, y mandó construir otras ocho torres cuadradas en las cuátró fachadas de las

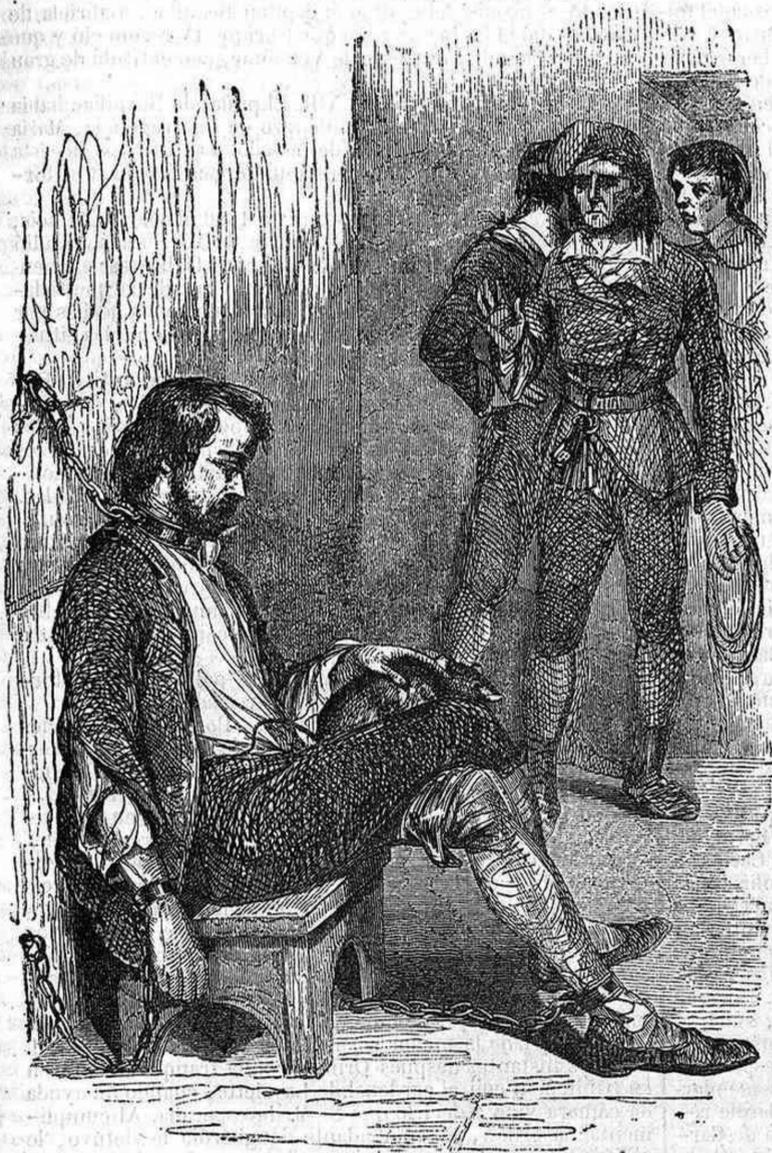
murallas. El fué asimismo quien mandó edificar la capilla, obra maestra de arquitectura gótica, que aun es admirada en nuestros dias. En la llanura de Vincennes, en 1358, durante el cautiverio de Juan, Carlos V, regente del reino entonces, habia reunido los treinta mil hombres con los cuales vino á



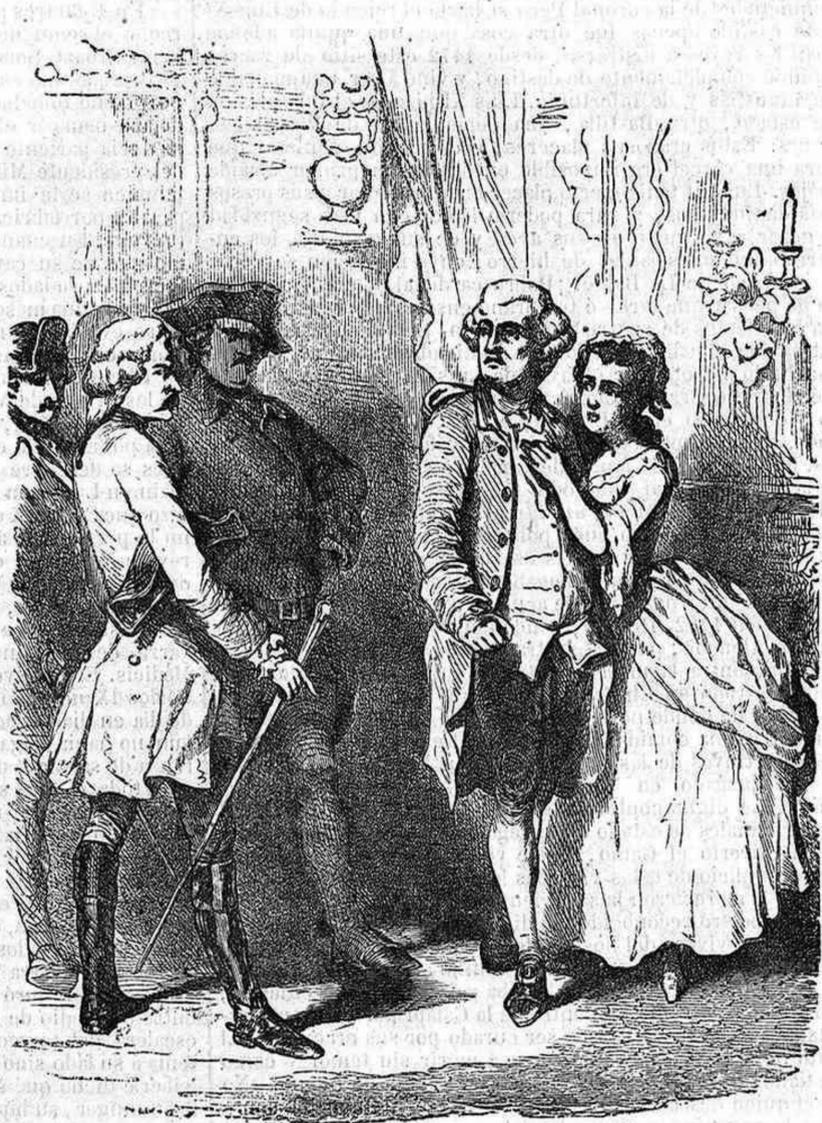
El mariscal Rantzaw.

atacar á París, cuyos habitantes sublevados le negaban la entrada. Este rey murió en donde habia nacido, en Vincennes, no precisamente en el castillo, sino en su casa de Beanté-sur-Marne.

La impúdica Isabel de Baviera rara vez residia fuera del castillo de Vincennes. Su débil y desgraciado esposo Carlos VI allí residia con su corte, cuando la tenia. Este loco coronado tuvo un dia un acceso de razon y se aprovechó de él para vengar las infidelidades de su muger. Los vicios, los crímenes, las orgías de Isabel, no eran un secreto para nadie en el torreón. Solo el rey ignoraba las ruinas que la mano de la reina hacia alrededor de su trono con su honor. ¿Habia cerrado los ojos hasta entónces á los extravios de su muger?... Como quiera que sea, lo cierto es que un dia salió el rey de su letargo. Era una tarde... Carlos VI se paseaba en el bosque de Vincennes... De repente divisa á un caballero con la cabeza erguida. En vez de hincar una rodilla en tierra é inclinarse ante su señor, pasa orgullosamente en su caballo por junto al rey, á quien saluda con la mano. ¡El audaz!... mas quién es ese caballero?... Carlos VI le ha conocido: es Bois-Bourdon, el amante de Isabel, que corre á toda brida hácia el castillo en donde le espera la reina de Francia... El rey estaba indignado, é inmediatamente dió orden á Tanneguy-Duchâtel para que siguiese á Bois-Bourdon, le prendiese, le pudiese grillos y le encerrase en un calabozo de Vincennes. Carlos VI fué perfectamente obedecido: á la noche siguiente Bois-Bourdon ya bajaba por la corriente del Sena metido en un saco de cuero, en el cual se leia: ¡Dejad pasar la justicia del rey!



Latado en su calabozo.



Mirabeau.

en Brabante, especie de sibila que se decia con el don de profecía. La beata guardó en un principio un silencio obstinado; pero forzada nuevamente á esplicarse, declaró que la reina estaba inocente, y que el crimen habia sido cometido por un hombre que se hallaba todos los dias al lado del rey. Esto indicaba bastante al favorito: Felipe creyó en el oráculo, y el acusador fué á su vez acusado y condenado. Mezeraí refiere que en el primer momento el sobrado crédulo Felipe amenazó á la reina con el último suplicio; y un autor de aquella época asegura que quizás hubiera sido quenada viva, si su hermano Juan, duque de Brabante, no hubiese enviado á un caballero para justificar su inocencia en el palenque, y que el acusador, suscitado por Brosse, no habiéndose atrevido á sostener su calumnia con las armas en la mano, fué condenado al patíbulo.

Pedro de la Brosse no es el único preso que vió el torreón en aquella época. En el reinado de Luis X, Enguerrand de Marigny entró tambien en un calabozo de Vincennes. Este Enguerrand habia caido de muy alto... Era primer ministro de Felipe el Hermoso, conde de Longueville, gentil-hombre, castellano del Louvre, gran maestre de palacio, superintendente de hacienda y coadjutor del gobierno del reino... Luis X acusó al primer ministro de Felipe el Hermoso de haber dilapidado las rentas, alterado las monedas, abrumado al pueblo con impuestos, devastado los bosques reales. Arrestado, fué encerrado desde luego en el Temple, y en seguida trasladado á Vincennes, en donde le condenó una comision al suplicio de la horca, sin querer siquiera oírle. Para este fin se le condujo desde Vincennes á Montfaucon, en donde estaba levantado un inmenso patíbulo, que él mismo habia hecho construir en el reinado de su primer señor. ¡Singular destino!

En 1382, después de la sangrienta batalla de Rosebeke, notable por la victoria que el ejército francés, mandado por el rey Carlos VI en persona y por el condestable Oliverio de Clisson, ganó á los flamencos; Carlos VI mandó encerrar, y por decirlo así, encadenar en el torreón de Vincennes las cadenas de hierro que los parisenses insurrectos habian preparado para sus primeras barricadas. Desde el principio de las guerras civiles que desolaron los últimos tiempos del triste reinado de Luis VI, y durante la ocupacion inglesa, el castillo de Vincennes sirvió sucesivamente de cuartel general á los partidos francés é inglés, y fué teatro frecuente de acontecimientos graves, de dramas siniestros y vergonzosos.

Se cuenta que en 1419, habiendo habido en París una gran carestia de leña, á causa de un riguroso invierno, Carlos VI mandó cortar los árboles de Vincennes, á fin de que sirviesen para el consumo de la capital.

En 1422 Vincennes fué la tumba de Enrique V rey de Inglaterra. Habiendo descendido á las playas de Normandía, y marchando de victoria en victoria, de Arfleur á Azincourt, de Rouen á París, entregado á Troyes por la infame Isabel y el hijo de Juan-sin-Miedo, este principe se habia atrevido á hacerse proclamar rey de Francia cuando la doncella no habia aun ordenado á los ingleses que dejasen el reino á su verdadero señor Carlos VII! En una de las salas del torreón fué donde firmó las cartas de investidura que daban la regencia al duque de Bedford.

En 1431, Enrique VI, que habia heredado la doble corona de Francia y de Inglaterra, quiso reclamar sus derechos al trono de S. Luis.

Pasó el estrecho y vino á París para hacerse coronar rey.

No hizo mas que una visita á Isabel, y permaneció en Vincennes hasta el 15 de diciembre.

Cuatro años después moría en Vincennes, á la edad de sesenta y cuatro, Isabel de Baviera, aquella reina de Francia que habia vendido á Enrique V su honor, el trono de su esposo y de su hijo, su hija y la Francia! Tal era el horror que habia inspirado, aun en la corte de Francia, la despreciable muger de Carlos VI, que fué preciso enterrarla de noche y sin cortejo. En efecto, se sabe que su hijo no quiso honrarla con los funerales dignos de la majestad real. Se envió su cuerpo á Saint-Denis en un barquichuelo bajo la custodia de un sacerdote y de un criado. Toda la vida de Isabel se encierra en este epitafio:

AQUÍ YACE ISABEL DE BAVIERA,
MALA REINA, MALA ESPOSA Y MALA MADRE,
QUE DESPUÉS DE HABER ENTREGADO EL REINO Á LOS INGLESES,
MURIÓ DESPRECIADA POR ESTOS Y EXECRADA
POR LOS FRANCESES.

En 1436, habiendo en el castillo de Vincennes guarnición inglesa, fué confiado su mando á Huntington. Poco tiempo después, habiéndose reconciliado Carlos VII con el duque de Borgoña, reunidos sus ejércitos, se dirigieron sobre Vincennes y les quitaron á los ingleses la fortaleza. Reconquistada muy pronto por los últimos; Jacobo de Chabanes, capitán francés, volvió á apoderarse de ella después de un asalto sangriento, y fué nombrado su gobernador.

¡Cuántas veces han ido los reyes de Francia á buscar en la fresca sombra del parque de Vincennes un asilo contra las inquietudes de la corona! Pero si hasta el reinado de Luis XI este castillo apenas fué otra cosa que una quinta adonde iban los reyes á distraerse, desde 1472 este sitio de recreo cambió completamente de destino, y vino á ser una mansión de angustias y de infortunio. Luis XI hizo de él una prision de estado, otra Bastilla, una dependencia de Plessis-les-Tours. Estos eran sus placeres, y es preciso confesar que para una cárcel era imposible encontrar un primer alcaide mejor. Luis XI tenia cierto placer en atormentar á sus presos mas distinguidos, y para poderlo hacer con mas seguridad y gozar á su gusto de sus ayes y de sus gemidos, los encerraba en unas jaulas de hierro, cuya invención se debia al cardenal de La Balue. ¡Pobre cardenal! ¡qué lejos estaba de pensar que tarde ó temprano ensayaria y experimentaria los efectos de su triste invención! Salido de la mas baja estracción se habia elevado á las dignidades mas altas, y habia concluido por obtener el favor de Luis XI; pero un día, habiéndosele ocurrido conspirar contra su señor, fué arrestado y encerrado en la Bastilla, en la cual permaneció once años, teniendo por tanto ocasion de disfrutar las famosas jaulas. Esta especie de jaulas destinadas á encerrar las victimas de la venganza real y del odio tenebroso del monarca, eran, á los ojos de Commines, un admirable medio de gobierno, y Luis XI era demasiado buen político para no aprovecharse de él: así es que era el que mas usaba: así se veia con frecuencia al carcelero real que llegaba á la presencia de su víctima, y le interrogaba, y le acusaba, y tal vez le insultaba! Por eso en 1482, Renato, conde del Perche, el hijo del duque de Alençon, por haber tratado de buscar un asilo en Bretaña contra la mala voluntad de los cortesanos del rey, fué encerrado en Chinon en una jaula de un paso y medio de largo, de donde no se le sacaba sino una vez á la semana, para darle una comida. Lo demás del tiempo se le daba el alimento á través de las barras con una horquilla! En seguida fué juzgado en Vincennes, y por merced singular, Luis XI se dignó contentarse con ahorcarlo. ¡Rey excelente! Los criminales de estado se entregaban atados de pies y manos á Oliverio el Gamu, y este verdugo doméstico preludió con el suplicio de estas victimas los suplicios mas importantes que le merecieron la sangrienta confianza de su amo. Pero este se mostró reconocido: le dió á Oliverio el Gamu, el estanque y el vivero del bosque de Vincennes. A los últimos de su reinado Luis XI instaló en el castillo al buen S. Francisco de Paula. El monarca, que estaba peligrosamente enfermo, habia mandado venir del centro de la Calabria á este santo ermitaño, con la esperanza de ser curado por sus oraciones. El santo no le curó, pero le dispuso á morir sin temor y como cristiano. Luis XI á pesar de todo tenia algo de bueno. ¿No fué él quien deseando elevar el trono de la clase media sobre todas las pequeñas realidades feudales, invitó á los habitantes de París á tomar las armas y á representar el papel de un verdadero ejército? La guardia nacional formaba el 20 de abril de 1474 un cuerpo de 80,000 hombres, y en la misma llanura de Vincennes fué donde pasó revista al pueblo armado de la capital.

Los primeros momentos del reinado de Carlos VIII no fueron mas que un tejido de intrigas. La coronacion del rey dió treguas á aquellas miserables contiendas. La corte se hallaba en Vincennes, en donde Carlos se distraia con las diversiones propias de su edad: era aficionado á los torneos, á los ejercicios á caballo, y como el duque de Orleans sobresalia en todos estos juegos, el joven monarca habia concebido hacia él tal afecion, que no podia separarle de sí.

Una enfermedad muy grave detuvo á Luis XII en Vincennes en enero de 1513. Para obtener su curacion este príncipe mandó á los canónigos de la capilla del fuerte, que cantasen el *O salutaris hostia* al elevar el Santo Sacramento. Esta orden se extendió á todas las iglesias de Francia, y luego ha pasado á ser uso.

En 1536 Francisco I mandó encerrar en Vincennes, para ser juzgado por un tribunal especial, á Felipe de Chabot, almirante de Brion, que habia sido su amigo de la niñez y su confidente. Estaba reservado á este restaurador de las letras en Francia el continuar la capilla de Vincennes que Enrique II su sucesor concluyó. Las vidrieras superiores, así como las pinturas de las bóvedas, ostentan por todas partes la divisa de la media luna, que Enrique II habia tomado por amor á Ana de Poitiers, su querida. En 1556, después del tratado de Vaucelles, los embajadores españoles se presentaron al rey en Vincennes para tratar del cange de los prisioneros, de los cuales los mas notables se hallaban presos en el torreón. Entre estos se encontraban Felipe de Crouy, duque de Arcos, que no fué cangeado, y se escapó poco tiempo después. Francisca de Amboise, parienta suya, acusada de haber favore-

cido su evasión, fué á ocupar el vacio que habia dejado el duque. En 1557 Enrique II quiso que las juntas de los caballeros de la orden de San Miguel tuviesen lugar en la capilla.

La estancia en Vincennes habia sido un poco abandonada por los sucesos de Luis XI; pero Carlos IX, este desgraciado rey fanatizado por su madre hasta el asesinato de su pueblo, fué allí frecuentemente á arrastrar su melancolia, y como veremos muy pronto, allí murió.

Luis XIII dió la última mano á esta obra de tres siglos, ordenando la continuacion de los dos magníficos cuerpos que cuadran el patio principal del castillo de Vincennes por el lado del parque. Catalina de Médicis tambien hizo en él grandes reformas, y mandó levantar en 1560 el plano del castillo que sobrevivió á la revolucion de 1789. Esta muger, que no retrocedia ante ningun medio, utilizó mas de una vez las torres de Vincennes para sus proyectos políticos. Aquí daba al mismo tiempo el espectáculo de la magnificencia y de la tiranía, de las fiestas y de los suplicios; el estruendo de las canciones y de los placeres ahogaba los lamentos de los desgraciados que habia condenado; con frecuencia un adversario de Catalina salia de bailar en una habitacion de la reina para ir á morir en un calabozo. Vincennes hubo de oír las confidencias mas secretas de Catalina, la confesion de sus debilidades y de sus crímenes. Allí consultó á un astrólogo florentino para saber el lugar de su muerte. *Saint-Germain*, le contestó Cosme Ruggieri. Desde entonces la reina hizo de Vincennes su residencia favorita. Mas ¡qué de victimas inmola! ¡cuánta sangre derrama! ¡Levántate, Catalina; mira y escucha; las prisiones están llenas, los cadalsos esperan, tus fiestas van á comenzar!...

En 1560 tres presos políticos estaban encerrados en el torreón: el señor de Soncelles, el juez de Saint-Aignan y Roberto Stuart. Soncelles habia sido arrestado por habersele interceptado una carta, en la cual censuraba al rey de Navarra porque no tomaba en la corte el rango que le pertenecia y se dejaba usurpar el poder real. Roberto Stuart, escocés, que se decia pariente de la reina, estaba acusado del asesinato del presidente Minard, muerto en París de un pistoletazo: tambien se le imputaba el proyecto de incendiar la capital; pasaba por fabricar balas envenenadas que se llamaban *estuardas*. En cuanto al juez de Saint-Aignan, se ignoran los motivos de su cautiverio. Desde Vincennes, los tres presos fueron trasladados al castillo de Amboise, de noche, disfrazados y con una máscara en la cara. Sin embargo, Roberto Stuart logró evadirse y mató en el campo de batalla al condestable Montmorency. Mas tarde pereció en el combate de Jarnac.

El rey de Navarra debe tambien ser contado en el número de los presos de Vincennes. El duque de Alençon, hermano del rey Carlos IX, habia favorecido la sublevacion de la corte para ponerse á la cabeza de los católicos descontentos, y después se descubrió á la reina madre hallándose en Saint-Germain en Laye con el rey. En el mismo instante esta princesa hizo que Carlos IX entrase en una litera, porque su enfermedad no le permitia ir á caballo, obligó al duque de Alençon y al rey de Navarra á entrar en su carroza, y en seguida los condujo ella misma á Vincennes. Allí les declaró que no estaban realmente presos, pero que no se les permitia salir del castillo. Así, si esta anécdota es cierta, Carlos IX y el rey de Navarra, después Enrique IV, fueron prisioneros de Catalina de Médicis. El cautiverio del rey de Navarra no fué largo, pero Carlos IX no salió de Vincennes. Su enfermedad empeoraba de día en día. Isabel habia ido á prestarle sus cuidados, pero aun no habia llegado, cuando ya se habia perdido toda esperanza de salvar á su esposo. Sin embargo, Carlos IX conservaba todavia toda su razon y tenia bastantes fuerzas para sostener la fatiga de una conversacion animada. Le pidió á su madre, que estaba á su lado, que hiciese venir á su hermano; ella mandó llamar al duque de Alençon. «No, dijo Carlos; á mi hermano de Navarra.» Catalina temió que le confiriere la regencia y quiso espantar á Enrique; ordenó á Nançey, capitán de guardias, que le trasladase á las bóvedas, entre los guardias colocados en fila y en una actitud amenazadora... El rey de Navarra se estremeció y retrocedió algunos pasos. El capitán le juró que no se le haria daño alguno. Enrique entró en medio de los arcabuces y de las alabardas, subió la escalera del torreón y llegó junto al lecho de Carlos que no tenia á su lado sino á su capellan y á su nodriza. Después de haberle dicho que siempre le habia querido y de recomendarle su muger, su hija y su hijo natural, dejó de hablar de repente y se desmayó. Enrique se retiró... La agonía de Carlos IX fué larga y dolorosa, y en su última noche fué visitado por mil fantasmas sangrientos que las guardias y las gruesas murallas del torreón no pudieron impedir de entrar. Lloraba, gritaba, sollozaba, se daba golpes en la frente, se arrojaba á los pies de la nodriza, y exclamaba juntando las manos: «¡Ay, querida, cuánta sangre y cuántos asesinatos!... ¡Ah! ¡qué malos consejos he seguido!... ¡Oh Dios mio! ¡perdóname y ten misericordia de mí!... Ama, sácame de aquí... ¡Yo no sé dónde estoy, tan aturdido y agitado me tienen!... ¿En qué vendrá á parar esto?... ¿Qué haré?... ¡Soy perdido, no hay remedio!... ¡Ay, qué me ahogo! ¡me ahogo!...» Era la sangre de Coligny que le subia á la garganta... Espiró el 30 de mayo de 1574, cuando apenas habia llegado á los veinte y cuatro años. Después de cuarenta dias de depósito en la capilla, su cuerpo fué llevado el 10 de julio á la abadia del barrio de San Antonio. La cabeza, separada del cuerpo, habia sido depositada en una capilla en el camino de Vincennes á París; después se la llevó tambien á la abadia de San Antonio. Los médicos que hicieron su autopsia declararon que no habian notado en su cuerpo ninguna señal de envenenamiento; pero Basompierre, de quien luego hablaremos, afirma haber oido decir á Luis XIII que Carlos IX habia muerto envenenado por su madre.

En Vincennes fué donde por el hacha del verdugo se habia desatado poco tiempo antes la conspiracion de los *Descontentos*, conspiracion á la cabeza de la cual figuraban el duque de Alençon, Enrique de Montmorency y el vizconde de Turenna. Carlos IX hizo espíar á La Môle y á Coconas, gentil-hombre piamontés, una traicion que hubiera podido hacer caer la cabeza de dos príncipes. La Môle era un hombre muy apreciado de las señoras, un favorito de la corte, un amante de la reina Margarita, un gentil-hombre que habia osado apostárselas al poderio y al honor de una casa real... Poco antes de morir, Coconas decia á los que le rodeaban: «Ya lo veis, los

pequeños han caído y los grandes no, ellos que han cometido la falta.» Por lo que hace á La Môle, á la hora de la muerte no se inquietaba ni de la política, ni de sus cómplices, ni de los grandes ni de los pequeños; solo un pensamiento le absorbía y le recordaba el corazón... el recuerdo de la reina Margarita. ¡Desdichado! ¡qué legado tan espantoso se atrevió á hacer en su hora suprema!... ¡Habia legado su cabeza á la reina Margarita, y ella habia aceptado esta triste y horrible herencia!... Terminado el suplicio, ella misma recogió la cabeza de La Môle, la llevó á su oratorio, y allí, arrodillada dias enteros delante de esta sangrienta reliquia... la besaba llorando!...

De 1556 á 1590 el castillo de Vincennes fué con frecuencia disputado y ocupado militarmente por los dos partidos, durante las guerras de la Liga, y sirvió de depósito de municiones cuando el sitio de París. Los hugonotes fueron por algun tiempo dueños de Vincennes y de la Bastilla. Estas dos plazas se rindieron después á los partidarios de la Liga, que á su vez fueron arrojados de Vincennes por un partido realista á las órdenes del capitán Saint-Martin. Este defendió quince meses su conquista contra Mayenne. Durante este bloqueo hubo de padecer mucho el convento de los Mínimos, habiendo sido saqueado por las tropas de la Liga.

Enrique IV, que habia comprendido de cuánta importancia podia serle para sus operaciones militares la ocupacion del castillo de Vincennes, lo atacó aunque inútilmente el 12 de Junio de 1590. Habiendo llegado tropas en auxilio de los sitiados, el rey se encontró entre el fuego de estos y de aquellos. Después de un combate bastante vivo, el príncipe se vió obligado á retirarse, y ya hacia cinco dias que habia entrado en París, cuando se apoderó de Vincennes y de la Bastilla. Confió el mando del castillo al capitán Beaulieu. Gabriela de Estrées dió allí á luz un niño que Enrique IV reconoció y que recibió el nombre de César de Vendôme, con el título de gran prior de Francia.

Ya hemos llegado á Luis XIII. El puñal de Ravallac habia precipitado el reino en el embarazo de una regencia. María de Médicis tenia las riendas del estado. Las intrigas de esta regencia enredosa no han contribuido poco á poblar el torreón de Vincennes.

Pero digamos desde luego que en 1610 María de Médicis, que se habia aficionado á la residencia de Vincennes, añadió á los edificios ya existentes, aquellos cuya fachada se encuentra hacia París, como tambien la magnífica galería que todavia se conserva. A las dos nuevas construcciones hechas por su madre, Luis XIII añadió los dos grandes chapiteles situados al mediodía del lado del parque.

Hablemos ahora de la cárcel. Después de la muerte de Enrique IV, Enrique de Borbon, padre del gran Condé, viéndose sin empleo se habia puesto á la cabeza del partido de los descontentos. La reina madre habia hecho vanos esfuerzos por apaciguarlos. Mas á consecuencia del tratado de Loudun, el príncipe, de vuelta á París, continuó sus caballos. María de Médicis, habiéndolo sabido, le mandó arrestar en el Louvre el 16 de setiembre de 1616. Fué conducido primero á la Bastilla y después á Vincennes, en donde estuvo preso tres años. Sabido es que la esposa de este príncipe, Carlota Margarita de Montmorency, una de las mugeres mas bellas de su tiempo, quiso acompañar en el cautiverio al ilustre preso.

Poco tiempo después Bournonville, gobernador del torreón de Vincennes, fué á su vez encarcelado en él.

Llega la conspiracion de Chalais... Por las revelaciones de Chalais mismo, de este conspirador de dos caras, que servia y vendia sucesivamente á Gaston de Orleans y á Richelieu, el mariscal Ornano fué acusado y perdió su libertad... Era en la primavera de 1623 la corte se hallaba en Fontainebleau, adonde Ornano habia sido invitado á presentarse... El cardenal necesitaba una víctima, y Luis XIII se habia encargado de hacerla caer en sus manos. Ornano se creia completamente seguro; el rey le abruma con agasajos, y mezclando la ironía á estas falsas caricias, le muestra con interés una ventana con reja de la torre de las armas, y le dice sonriendo: «Ese es el cuarto donde fué encerrado el mariscal de Biron.» Pero ni este extraño recuerdo, ni el movimiento desusado que se nota en las habitaciones del rey, habian despertado la menor sospecha en el ánimo del mariscal. Algunos instantes después Ornano comia tranquilamente en su habitacion con el cardenal de Lavalette, cuando un ayuda de cámara vino á decirle que S. M. le esperaba. Al cumplimentar la orden, el comandante de guardia le detuvo, le pidió su espada y le condujo por una escalera falsa á una sala baja en donde pasó la noche... Al día siguiente, á pesar de las lágrimas y súplicas de Gaston, una carroza del rey, escoltada por caballería, condujo al preso á Melun, de donde fué trasladado al castillo de Vincennes. Ornano, dicen los autores de las *Prisiones de París*, habia sido al principio el objeto de las atenciones mas generosas por parte de su carcelero; servianle á la mesa empleados de palacio; el gobernador del castillo se inclinaba ante él; sus deseos significaban órdenes; la riqueza, el lujo, la magnificencia, todo se reunia para ocultar á sus ojos los hierros de la prision. Mas hé aquí que un dia los criados del gobernador reemplazaron á los empleados del rey; se cesó de inclinarse ante él; no mas caprichos, no mas órdenes... El preso se espantó con tal cambio, y era para espantarse. Parecía ver en la sombra de su calabozo la mano de su enemigo, de Richelieu, que le echaba veneno, y resolvió dejarse morir de sed y de hambre... El gobernador trató de tranquilizarle: «¿No tengo un puñal para mataros, le dijo, si mi amo me lo mandase? Si habeis de morir en Vincennes, no morireis envenenado.» El mariscal consintió en no dejarse morir de hambre; comió... y mientras se instruía su proceso murió de fiebre purpúrea (tabardillo)... ¡La fiebre purpúrea, gran Dios, una verdadera fiebre de cardenal!

Ornano no era el único á quien hubiesen comprometido las culpables indiscreciones de Chalais: César, duque de Vendôme, gobernador de la Bretaña, y el gran prior, su hermano, fueron igualmente destinados á la venganza del cardenal; pero no era fácil apoderarse de ellos. Luis XIII, animado del buen éxito del arresto del mariscal Ornano, volvió á encargarse del primer papel en esta nueva intriga. Se trasladó con su corte á Blois. Se atrajo á ella fácilmente al gran prior: este ambicionaba con ansia el empleo de almirante, y se le dió á entender que se estaba dispuesto á concedérselo. Demasiado crédulo ó demasiado seducido por estas brillantes prome-

sas, el gran prior empuñó al duque de Vendôme en ir á hacer su corte al rey. Apenas llegó...

—Hermano, le dijo Luis XIII poniéndole la mano sobre el hombro, deseaba con impaciencia veros. ¿Quereis venir mañana de caza conmigo hacia Amboise?

—Sí iré, contestó el duque de Vendôme, haré lo que V. M. quiera; pero he venido en posta y estoy cansado.

—Veo, replicó el rey, que quereis ir á ver á vuestros amigos: pues bien, yo os dejaré hacer vuestras visitas.

Los dos príncipes se creían pues completamente seguros, cuando á la tercera noche, la del 13 de junio de 1626, hallándose los dos hermanos acostados y profundamente dormidos en la misma habitación, se presentaron llamando á su puerta el marqués de Maulny y el conde de Hallier, capitán de los guardias, acompañados de una escolta de hacheros. El ayuda de cámara despertó al duque y al gran prior, y abrió. Después de oír leer la orden del rey.

—Lo veis, dijo el duque á su hermano, no os había yo dicho que el castillo de Blois era un lugar fatal para los príncipes!

—Ah! exclamó el gran prior, daría la vida porque ahora os hallaseis en Bretaña.

Fuéron conducidos primeramente al castillo de Amboise y luego á Vincennes, donde fuéron tratados con mucho rigor. El gran prior murió en esta prision el 8 de febrero de 1629 protestando su inocencia. En cuanto al duque de Vendôme, estuvo en ella cuatro años, y no salió hasta después de haber hecho las revelaciones que se le exigieron y de haber dimitido su gobierno de Bretaña.

Sin embargo la corte continuaba siendo presa de las mismas intrigas: era una conspiracion permanente de Gaston contra Richelieu. Las dos reinas, Ana de Austria y María de Médicis, le animaban. En el mes de marzo de 1629 María de Médicis, deseando impedir el casamiento de María de Gonzaga con Gaston de Orleans, mandó encerrar á esta princesa en una de las celdas del torreón. Ya la había precedido la duquesa de Longueville, su confidente y amiga. Salieron en libertad el 4 de mayo siguiente.

En 1631 el mariscal de Bassompierre, de espiritual y galante memoria; fué encerrado en la Bastilla, y después en Vincennes. Pasó doce años en las dos prisiones, y hasta el mismo día de los funerales del gran ministro de Luis XIII no salió de la última. Parece que durante su encarcelamiento había engordado notablemente.

En 1635, el duque de Pailaurent, subgobernador y favorito del duque de Orleans, y Del Fargis fuéron arrestados en el Louvre, adonde habían ido á ensayar un baile, y conducidos á Vincennes. Se les acusaba de haber favorecido la evasión de Gaston de Lorena y de complot contra la seguridad del estado. Pailaurent sufrió la misma suerte que el mariscal Ornano.

Richelieu, que no se tenía por menos entendido en teología, que en versos, que en guerra, controversista y bello espíritu, al mismo tiempo que irreligioso interiormente y ambicioso públicamente, quiso poner un término á las contiendas teológicas que el abate Saint-Cyran había suscitado. Temía que las doctrinas de este discípulo de Jansenio ganasen hasta á Luis XIII. En su consecuencia el viernes 14 de mayo del año de 1638, desde las dos de la mañana el abate de Saint-Cyran, vió cercada su casa por veintidos arqueros de la ronda. Como estos viesen que todo estaba tranquilo en esta casa de paz y de oracion, esperaron cuatro horas, hasta las seis, para hacer que les abriesen. Saint-Cyran ya levantado estaba leyendo en las obras de San Agustín con su sobrino Barcos, y encontrando un pasaje que se refería á la contricion, gran punto de litigio, decía: «¡He aquí con qué podemos defendernos si nos atacan.» En esto el comandante de la ronda entra políticamente en su habitación y le hace saber la orden del rey.

—Vamos pues, contestó Saint-Cyran cogiéndole la mano, vamos adonde el rey manda; nunca estoy tan contento como cuando se presentan ocasiones de obedecer.

Y cambiando su vestido de casa por su sotana, le dijo á su sobrino:

—Barcos, ¿quereis venir?

Pero el jefe de la ronda dijo que solo tenía orden de llevar al señor de Saint-Cyran... Al atravesar el parque de Vincennes, el carruaje se encontró por una coincidencia singular con el de Andilly que iba á Pomponne. Andilly se había despedido la víspera del abate Saint-Cyran, y no podía creer á sus ojos al encontrarle allí tan lejos y tan temprano. Como los guardias habían dado vuelta á sus casacas, no conoció al principio lo que era aquella escolta, y le gritó alegremente:

—¿Adónde llevais esa gente?

—¡Ah! son ellos los que me llevan, contestó el preso; y después de haber hablado un rato y abrazándose, se separaron, y el abate Saint-Cyran, en cuanto llegó al castillo, fué encerrado en el torreón. Así tuvo principio su cautiverio de cinco años, que no terminó hasta que murió el cardenal.

En 1637 Juan de Wirth, célebre partidario alemán, hecho prisionero en el combate de Rheinfeld, fué conducido al torreón de Vincennes con muchos de sus compatriotas, en donde estuvo hasta 1642, en cuya época el gobierno francés le cangé por el general Horn.

El príncipe Casimiro, después Juan Casimiro V, rey de Polonia, habiendo sido arrestado en Marsella en 1638, desde donde debía de pasar á España por orden de Uladislao, su hermano, fué encerrado primeramente en el castillo de Sisteon y después trasladado al torreón de Vincennes. Se casó con María de Gonzaga, que en 1629 estuvo presa en el mismo cuarto que Casimiro, segun se dice.

Hémos ya felizmente fuera de la época de Richelieu, de este ministro todopoderoso, que jamás perdonaba y que vertía desapiadadamente la sangre necesaria al sosten de su poder; ahora vamos á habérmolas con Mazarino, es decir, con el mas astuto y uno de los mas hábiles ministros que ha tenido la Francia.

Habiendo entrado en la cábala de los importantes el duque de Beaufort, el famoso rey de los mercados, cuyo padre pasó por el torreón como para preparar allí el sitio de su hijo, se atrevió á despreciar á Mazarino: sin juicio, sin educacion, faltaba al respeto á la regente misma, volviéndole la espalda cuando quería hablarle, ó no contestándole sino con sarcasmos. Ana de Austria, aunque naturalmente indulgente, temió que el duque de Beaufort no llevase al fin su locura hasta la

violencia, y le mandó encerrar en el castillo de Vincennes en 1643.

A los cinco años de prision el duque se escapó de una manera bastante singular. Hallábase vigilado por un oficial y ocho guardias de corps que dormían en su cuarto. Su evasión parecía imposible, y hé aquí que un hombre del pueblo trató de intentarla. Habiendo obtenido una recomendacion para el oficial llamado La Ramée, consiguió entrar á su servicio en clase de llavero. Afectó la mayor antipatia hacia el duque, con el cual estaba de inteligencia. Habiendo sido definitivamente resuelto el plan de evasión para el 1.º de junio de 1648, día de Pentecostés, porque la solemnidad de esta fiesta ocupaba á todo el mundo en el servicio divino, ya no hubo mas que pensar en los medios de ejecucion. A la hora de salir los guardias de corps de la habitación del preso para ir á comer, Beaufort le dice al oficial que le permita disfrutar de su paseo acostumbrado en la galeria baja, situada debajo de su cuarto, y el oficial se lo concede, acompañándole hasta este sitio. En el mismo instante el confidente del duque, que en la mesa de los llaveros había pretestado una indisposicion, sale y los encierra. Llega á la galeria, cierra igualmente sus puertas, corre precipitadamente hacia Beaufort, se arroja sobre el oficial confiado, le pone una mordaza, le amarra, gana una escalera de cuerda preparada de antemano, y seguido del duque, ambos se desuelgan al foso. Como la cuerda fuese bastante corta hubieron de caer de una altura considerable y estuvieron á pique de matarse. El duque se desmayó; pero dándole una fuerza sobrenatural el sentimiento de la propia conservacion, se levanta muy pronto, se ase de las cuerdas que cien hombres apostados del otro lado les habían echado, se une con su libertador á una escolta de cincuenta cabaleros que los esperaban en el bosque, y huye á todo escape.

Sin embargo, las guerras de la Fronda habían continuado en todo el tiempo de la detencion del duque. El pueblo, cansado de luchas y de impuestos, había levantado la cabeza, se había mostrado amenazador, y el parlamento de París, sostenido por los príncipes de la sangre, se había negado á firmar los edictos bursátiles que le habían sido presentados. Mazarino, que quería dinero; creyó necesario para obtenerlo el dar un ejemplo severo, y mandó arrestar tres de los miembros mas influyentes de la cámara alta, entre los cuales figuraba el presidente Charton, quien fué conducido solo á Vincennes.

Por otra parte, muy embarazado el cardenal con la evasión de Beaufort, acusó á Bouthillier de Chavigny, entonces gobernador del castillo, de haberla favorecido, y mandó arrestarle el 18 de setiembre de 1648, y encerrarle en el cuarto que había ocupado el duque.

Un año después, habiéndose hecho sospechoso para el cardenal Mazarino el mariscal de Rantzaw por su union con los descontentos, fué arrestado y conducido primeramente á Vincennes y luego á la Bastilla, en donde estuvo once meses. Reconocida al fin su inocencia recobró su libertad; pero había contraído durante su detencion una hidropesia de la cual murió el 4 de setiembre de 1650. Este pobre mariscal, el vencedor de Dôle de Lens y de Gravelinas, le había pagado tan bien con su persona al enemigo, que no le había quedado mas que uno de todo lo que los hombres tienen dos, es decir, que no tenía mas que un ojo, una oreja, un brazo, una pierna, etc., etc.

El gran Condé, que se había permitido burlarse públicamente de la administracion de Mazarino y del matrimonio de su sobrina con el duque de Mercœur, llamado á la corte por la reina, fué arrestado con su hermano el príncipe de Conti, y el duque de Longueville, su cuñado. Este arresto tuvo lugar el 18 de enero de 1650 en el mismo Palacio-Real adonde habían sido atraídos estos tres personajes bajo distintos pretestos. Se los condujo á Vincennes. El príncipe de Condé supo distraer agradablemente el disgusto de su cautiverio. Todavía cree uno verle regando las flores de su pequeño jardín, chancéandose al mismo tiempo con sus dos nobles compañeros de infortunio, el príncipe de Conti que llora, y el duque de Longueville que se desconsuela. El duque de Orleans decía á propósito de estos tres ilustres presos: «¡Oh! qué magnífica redada!... cayeron de un solo tiro un león, un mono y un zorro.» El león no se dejó abatir á los pies del cazador que le había herido: el príncipe de Condé llamó en su ayuda la música, la estrategia, la devocion y la horticultura. No se hablaba en París sino del jardincito del gran Condé. La adulacion anónima escribió al noble arrestado: «Estais plantando laureles en el parterre de la victoria.» Una señora de la corte, hermosa sin duda, le decía lo mas ridículamente que le era posible: «No os olvidéis de poner algunas rosas entre vuestros laureles.» En fin, la señorita de Scudery compuso este madrigal:

Al ver estos claveles, que un ilustre guerrero
Cultivó con la mano con que ganó batallas,
Acuérdate que Apolo edificó murallas,
Y no estrañes que Marte quiera ser jardinero.

No olvidemos, á propósito del cautiverio de los príncipes en Vincennes, la anécdota siguiente: Un día el príncipe de Conti suplicó al gobernador del castillo que le enviase la *Imitación de Jesucristo*. —¿Y el señor príncipe, preguntó el gobernador á Condé, qué desea?—Yo, contestó este, os ruego que me mandeis la *Imitación de Beaufort*. La cultura de sus claveles no impedía al príncipe el desear su libertad.

En 1652, el cardenal de Retz, uno de los agentes mas activos y mas enredadores de la Fronda, hombre que en toda su vida no procuró mas que hacer hablar de sí, y sobre todo de meter miedo al cardenal Mazarino, fué arrestado en el Louvre el 19 de diciembre, mientras se divertía en negociar con los ministros que despreciaba. Todo lo que le daba una apariencia de alta lucha le arrastraba sin saberlo. Fué encerrado en Vincennes, en donde nada se olvidó para hacerle su prision insoportable. La historia ofrece pocos ejemplos de una evasión tan atrevida como la suya. Se salvó á vista de sus guardias resuelto á ir á París á ponerse de acuerdo con el príncipe y á apoderarse de las circunstancias. La fortuna de Mazarino le salvó de este peligro.

Hémos ya en 1660. Luis XIV estaba en el trono. Versailles principiaba á desarrollar su pompa maravillosa é iba haciendo olvidar la antigua morada de Felipe-Augusto. Sin embargo,

Luis XIV no abandonó enteramente el castillo de Vincennes. Mandó levantar un piso sobre los dos grandes cuerpos del edificio para alojar parte de la corte que llevó allí con frecuencia en los primeros años de su mayoría. En su reinado se hizo la última cerca del parque, que se principió en virtud de un decreto del Parlamento del 30 de junio de 1660. El 28 de febrero de 1664 Luis XIV firmó en Vincennes un tratado con el duque Carlos de Lorena, por el cual se estipuló que las fortificaciones de Nancy serian demolidas, que se pondría al rey en posesion de Saarbourgy de Phalsbourg, y que el duque entraría en el ducado de Bar. Este tratado, que fué el último acto político de Mazarino, abrió la Lorena á la Francia. El cardenal, que se había retirado al castillo de Vincennes en su última enfermedad, murió allí el 9 de marzo del mismo año, dejando, segun se dice, ocho millones.

No fué en Versailles, sino en el pequeño parque de Vincennes, donde Luis XIV tuvo la dicha de oír el primer suspiro de su mas encantadora querida. Sí, la flor mas dulce y mas poética de la galanteria del gran rey nació á la sombra de los árboles de Vincennes... Un día Luis XIV se paseaba en el parque en medio de una comitiva de grandes señores y de hermosas señoras. De repente estalla una tempestad. Pero en vano cae agua y se ven relámpagos y se oyen truenos... El rey no se cuida mas que de la señorita de la Vallière, que se apresura lentamente, la pobrecita, cojeando lo mas coquetamente que le era posible y maldiciendo sus bonitos piecitos que solo sabian dar pasos pequeños... La adulacion no anda con etiquetas: la complacencia de los cortesanos se compadeció del amor tímido de Luis XIV: todo el mundo se apresuró á huir á través de los senderos del parque: los grandes señores y las hermosas señoras desaparecieron como por encanto. El rey y la señorita de la Vallière no tenían miedo á la tempestad: esperaron el buen tiempo detrás de un macizo de flores y de verdor... Y en 1664 la señorita de la Vallière se llevó en la falda de su bello vestido de favorita todos los placeres, todos los amores, todos los caprichillos galantes del castillo de Vincennes, para no dejarle sino una prision de Estado!

En efecto, en 1664 Luis XIV salió del castillo de Vincennes para ir á inaugurar su nueva residencia de Versailles. El torreón de Vincennes casi no tenía ya para la corte otro mérito que el de un lugar de seguridad. No tardaron en espermentarlo dos víctimas del placer y del poder absoluto.

Fouquet, superintendente de hacienda, que tenía sus razones para creer en la fábula de Danáe, ensayó cerca de la señorita de la Vallière los mágicos efectos de la lluvia de oro. Instruido de esta audacia el monarca, á quien Fouquet había sido señalado como un saqueador por Colbert, que codiciaba su puesto, juró su pérdida. Después de una fiesta resplandeciente que había dado al rey y á su querida, el ministro de Luis XIV cayó aplastado en el torreón de Vincennes. Después de haberle paseado de cárcel en cárcel, de Vincennes á Angers, de Angers á Amboise, de Amboise á Moret, de Moret á la Bastilla y de la Bastilla á Pignerol, el que había osado tomar por divisa *¡quo non ascendam!* fué á morir bien bajo en el fondo de un miserable calabozo.

En 1665 una sociedad de negociantes franceses obtuvo en Vincennes la autorizacion de fundar la compañía de las Indias, tan conocida después en los anales rentísticos de Francia.

El arresto de Lauzun siguió de cerca al del superintendente Fouquet. Este audaz gentil-hombre no había temido introducirse y ocultarse bajo el lecho del gabinete adonde Luis XIV había citado á Mad. de Montespan. Cualquiera puede juzgar de la cólera del dios sorprendido de tal modo en el Olimpo, y Vincennes recibió el encargo de vengar este nuevo insulto á Luis XIV.

En 1674 una de las torres de la cerca se desplomó súbitamente, y aplastó al conserje, á su muger y á sus tres niños. Se la construyó de nuevo segun el antiguo plano.

En Vincennes fué donde se instaló la cámara de justicia, creada por declaracion del rey, con fecha de 11 de enero de 1681, para juzgar á los envenenadores y hechiceros. Se dió á este tribunal el nombre de *Cámara ardiente*.

Luis XIV recibió allí en 1686 la embajada de Siam, verdadera comedia, en la cual figuraron tres pretendidos mandarines, y nadie fué engañado mas que el rey.

En el número de las principales víctimas que fuéron á poblar el torreón de Vincennes en el reinado del gran rey, deben contarse aun Anselmo de Brigode, cura de Neuville, acusado de jansenismo; el conde Brederode, acusado de brujería; el conde de Königsberg, convencido de haber sostenido correspondencia con el extranjero mientras Francia estaba en guerra con la Austria; el abogado Vigier, acusado de haber atentado contra la vida del rey; el conde de Thün y su hijo; el conde de Walstein, etc., etc. La célebre Mad. Goyon, acusada de quietismo, fué tambien encerrada en una celda del torreón en 1695, en donde compuso un voluminoso libro de versos místicos. No recobró su libertad hasta 1702.

(Continuará.)

REVISTA DE PARIS.

La moda acaba de tener su triunfo. La solemnidad imperial que el teatro de la Grande Opera ha ofrecido al príncipe presidente, ha sido una de esas fiestas espléndidas y elegantes de que la *fashion* parisiense guardará el recuerdo por largo tiempo. No entraré en todos los detalles de esa representación extraordinaria bajo el punto de vista político; me contentaré con recoger todas las flores de gracia, belleza y coquetería que estaban allí, y creo sin vanidad que escojo la mejor parte.

Lo que interesa sobre todo á mis lectoras es el saber cómo eran las *toilettes*.

¡Y bien! voy á satisfacer su curiosidad, muy contenta de contribuir un poco á su distraccion, hablando de la coquetería, que presumo la amarán tanto como yo.

Comencemos desde luego por un vestido emperatriz, que brillaba con cierto orgullo en un primer palco de proscenio á la derecha. Una de mis amigas exclamó mirando este vestido: ¡La emperatriz Josefina llevaba un vestido igual una noche que había representacion en la corte!...

—¡V. se burla! respondió yo; ese vestido es precioso, y las modas del imperio no lo eran mucho.

—¿Por qué? replicó mi amiga. La juventud actual no cree

nunca en lo pasado; un tiempo vendrá en que los nietos de V. se reirán de sus corpiños de faldeas, de sus chalecos de bolsillos, de sus sombreros y de sus capotillos cortos y anchos, que hacen parecer las mugeres unos abates galantes. Creame V., las bellas damas de la corte de Francisco I., y aun las de la corte de Luis XIV, nos hallarian todas grotescamente vestidas, si por acaso viniesen á hacernos una visita. Es preciso adoptar las modas por lo que son en sí, y no hacer una oposicion sistemática. La oposicion no está ya á la órden del dia.

—Hay que someterse, tiene V. razon, respondió yo. Pero hablando entre nosotros, yo encontraba este vestido original y precioso. Figuraos una tela de seda muy fuerte, de una blancura resplandeciente, llena de ramilletes de flores con reflejos plateados. El corpiño tenia pliegues rectos que partian desde los sobacos, mientras que las hombreras eran llenas y graciosamente redondas.

Debajo de estos pliegues, el corpiño está cortado al sesgo, sin pieza ni costura, lo que adelgazaba mucho el talle, ya fino y esbelto, de la hermosa dama. Las mangas eran cortas y afolladas, con tres presillas de galon de oro. Desde el medio de la falda partia tambien un galon de oro que se ensanchaba casi en forma de delantal hasta lo bajo del vestido.

Un vestido de corte estaba puesto sobre ese vestido de lampas plateado.

Pero ¿qué es un vestido de corte?

Una segunda falda con cola, como se llevaban en la corte imperial.

Ese nombre de falda con cola no es ya nuevo, y por eso la moda le ha reemplazado con el de vestido de corte.

Este vestido de corte se abria de cada lado desde el rico galon de oro de la primera falda, y estaba igualmente galoneado en todas las costuras con un bello y espléndido galon.

En su peinado, la dama llevaba un turbante de Amarilis, formado con terciopelo de color de púrpura, hojas de crespon y franjas de oro que caian sobre el cuello. Los cabellos, trenzados con terciopelo y oro, pasaban debajo de las bandas, bien ondulantes y bien dispuestos.

Al lado de este vestido emperatriz, habia otra *toilette*, tan vaporosa y diáfana, que contrastaba con lo serio y espléndido del vestido imperial. La muger que llevaba este traje parecia una constelacion, una estrella matutina. Era tan hermosa, tan rubia, tan fresca, tan esbelta y elegante, que yo la hubiera bautizado Venus, siempre el nombre de una estrella.

Sobre un viso de raso azul, tenia tres faldas de tul sembrado de estrellas de oro. El borde de cada falda estaba adornado de una guirnalda de vincapervincas azules de crespon, y hojas de encaje de oro. Esta misma guirnalda se repetia hácia lo alto del corpiño, y su peinado se componia de una diadema de vincapervincas azules de crespon y hojas de encaje de oro, enlazadas con una cinta azul y oro.

No concluiríamos si hubiese de describir todos los trajes y telas maravillosas que he visto...

Desgraciadamente es preciso que señalemos la decadencia de las mangas llanas y lisas.

¿Quién lo hubiera creído?...

¡Así van las modas y las cosas!... Se vuelve á las mangas afolladas y emballeadas, no solo para los trajes de baile, sino para los de calle. Algunas *leonas* se aventuran á parecer ya con mangas que tienen dos afollados en lo alto y son muy justas por abajo.

No sé si esas mangas triunfarán de los obstáculos que van á encontrar en camino, pero temo que así sea.

¿Por qué?

Porque el carácter francés se cansa de lo que ha amado mucho, y porque no es mas fiel á la política y á la moda que á sus juramentos.

Vengamos á los trajes de baile. Después que haya agotado el capítulo de guirnalda, flores y peinados, hablaré largamente de los trajes de calle.

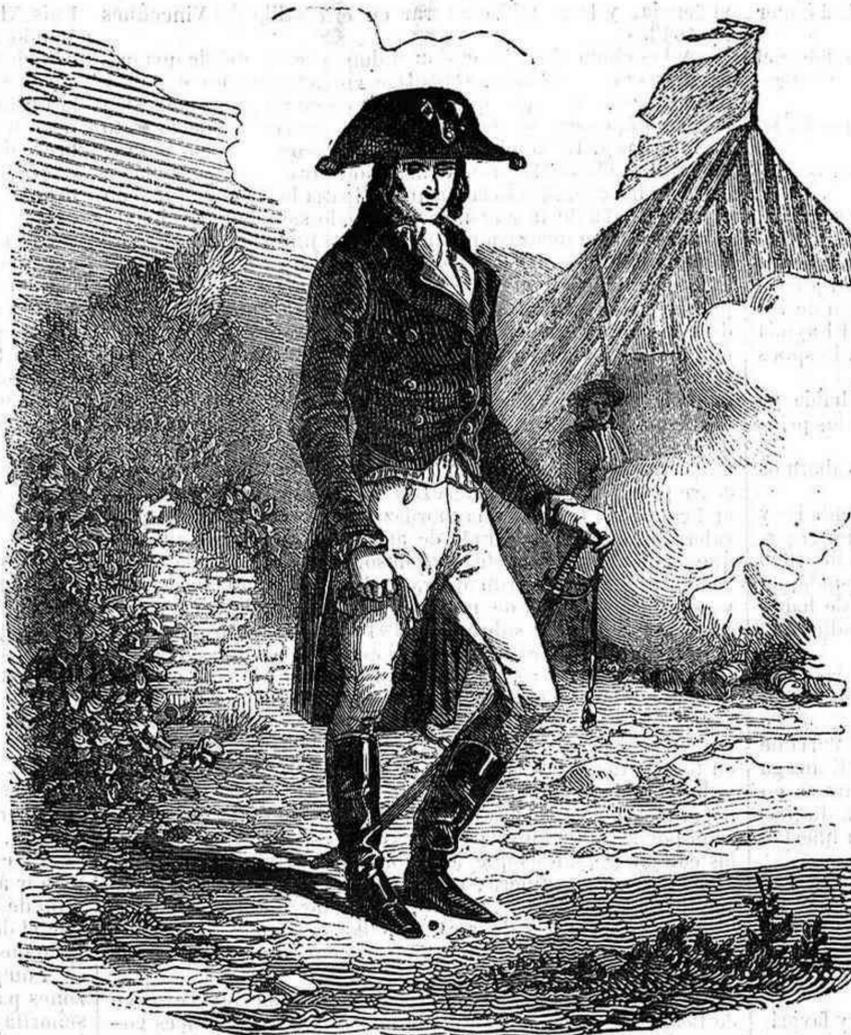
Entre las guirnalda mas nuevas que he notado, citaré una guirnalda caprichosa con un gran ramo de rosas cayendo por un lado, mientras que del otro forma, en un pequeño bonetillo, otro ramillete de rosas. Con esta guirnalda se puede poner una redecilla de crespon.

Una diadema Hortensia, describiendo ramilletes de flores sobre los lados, con follaje de crespon verde, de colores mas ó menos subidos, y bordado de plata.

Una guirnalda de granadas de crespon, con botones de granado, de oro, y follaje de crespon bordado de oro.

Como lo veis, amables lectoras, el follaje de crespon está en una boga que hace furor. Yo no lo censuraré, pues sienta muy bien y es graciosísimo.

Ahora pasemos á los adornos de cabeza, que valen tanto como las guirnalda, pues son unas fantasías preciosas.



El duque de Enghien.

Hay uno que se llama el Egipcio, y está en su derecho, pues se compone de una cinta color de púrpura, bordada con jeroglíficos fantásticos de oro. Esta cinta se coloca formando conchas y lazos alrededor de una guirnalda de follaje de crespon, que tiene unos hermosos racimos de oro, y por detrás flota un pequeño velo de tul ilusión, bordado de estrellas de oro.

Luego tenemos el adorno Marion, estilo Luis XIV. Se compone de una rica blonda que se coloca en punta por de-

¡Darme un nuevo tirano! ¡un nuevo dueño!... ¡Oh, no!... Y una lágrima corrió como una perla fina á lo largo de su mejilla.

El duque acompañó á la viudita mas de una hora, contándole esas mil bagatelas insignificantes que son ordinariamente el lenguaje de los que tienen mucho que decir... y sea que se hallase turbado por la emociion de su corazon, ó por la belleza de la condesa, olvidó su capotillo al pié de la otomana donde estaba sentada la hermosa viuda.

En seguida se sucedieron algunas visitas, y la capita del duque fué vista por dos amigas íntimas de la condesa. Esto era mas de lo que se necesitaba para que la bella jóven se hallase comprometida y perdida para siempre; y ella lo comprendió tan bien, que tomando la pluma inmediatamente, escribió estas líneas:

«Cuando se tiene la desgracia de llamarse José, no hay que olvidar nunca la capa en la casa de una muger honrada.»

El duque llegó temblando, y para salvar su honor, la hermosa viuda se vió obligada á sacrificarse y tomar por marido al dueño del capote olvidado.

¿En qué poca cosa consiste á veces el destino!...

Pero ¿dónde estábamos de la moda?... ¡Ah! ya me acuerdo, en los trajes de calle.

¡Ay, señoras! yo bien quisiera poder anunciaros alguna cosa extraordinaria; pero la moda reposa y no inventa nada. Se decia que esperaba alguna gran decision politica para tomar un partido y proclamar sus decretos.

En cuanto á novedad, no hay mas que el corte que rejuvenece los corpiños cruzados en corazon, ajustándose al costado. Este corte marca muy bien el talle, pero no conviene mas que á las mugeres un poco gruesas. Un corpiño cruzado en corazon, adelgazaria aun mas un talle ya fino; es preciso vestirse con tacto y habilidad para hacer valer sus atractivos, y no para rebajarlos por la misma moda. Hay ciertas mugeres que se toman un trabajo inmenso por hacerse ridiculas, adoptando modas que no han sido creadas para ellas. Lo mismo sucede con ciertas jóvenes, que se envejecen por vestirse con demasiada pretension, como si la primavera de la juventud no se marchitase bastante presto por sí misma. ¡Es tan graciosa la sencillez cuando se tienen diez y seis años! ¡Cuántas grandes señoras darian sus chales de cachemira, sus diamantes y encajes, por llevar aun el fresco vestido de muselina blanca ó el modesto de seda negra sin adorno!



—Si un solo de vosotros se atreve á pasar el puente, hago volar el castillo.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.